

R. 19

VIAJE Á GRECIA Y TURQUÍA.

MEMORIA

QUE PRESENTA

AL MINISTERIO DE FOMENTO

DON JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

Jefe de la sección de «Protohistoria y Edad Antigua» en el Museo Arqueológico Nacional
y en tal concepto comisionado para efectuar dicho viaje.



MADRID:

IMP. DEL COLEGIO NACIONAL DE SORDOMUDOS Y DE CIEGOS,
Paseo de la Castellana, número 71.

1899

2P

73886807

3.3
MEL
via





TIFON, Estátua arcaica de toba caliza pintada.—Museo de la Acrópolis de Atenas.

VIAJE Á GRECIA Y TURQUÍA.

I.

Motivo del viaje.

Desde que supe que la *Revue Générale des Sciences*, de París, se proponía organizar un «Viaje de estudio» á Grecia, al Monte Athos y á Constantinopla, se apoderó de mí la idea de aprovechar tan buena ocasión de poder examinar directamente los monumentos y las antigüedades de todo género que en aquellas comarcas representan las civilizaciones pasadas que más importa conocer á un arqueólogo. Acrecentáronse mis deseos cuando conocí el programa del viaje, que abrazaba los siguientes puntos principales: los expedicionarios serían conducidos en un vapor de la Compañía francesa de Mensajerías Marítimas, que partiendo de Marsella haría escalas en varios puertos de las costas de Grecia y de Turquía para que aquellos visitaran las ruinas de Delfos, Olimpia, isla de Delos, Troya, Micenas y Tirinto, las ciudades de Atenas, Constantinopla y Brusa, y los monasterios del monte Athos; estas expediciones se efectuarían bajo la dirección del distinguido arqueólogo francés, Mr. Radet, antiguo miembro de la Escuela Francesa de Atenas y actualmente profesor de la Facultad de Letras de Burdeos, que además de dar ante las ruinas eruditas explicaciones para orientar á los visitantes, debía dar á bordo conferencias con proyecciones; para quien deseara resolver dudas en puntos concretos, hacer ciertos estudios ó simplemente



ilustrarse acerca de la Geografía, la Historia, la Arqueología y el Arte, habría á bordo una colección de mapas y una biblioteca de obras escogidas; la estancia en Atenas debía tener un fin especial, que era el de que los expedicionarios asistieran á la fiesta de conmemoración del cincuentenario de la Escuela Francesa, fiesta que debió celebrarse el pasado año y lo impidió el estado de intranquilidad producido en aquel país á consecuencia de los sucesos de Creta; y en cuanto á la parte material, los expedicionarios, en todo el viaje de Marsella á Marsella, no tenían que pensar en procurarse medios de viaje terrestre, pues donde quiera que desembarcasen habían de encontrar esperándoles trenes especiales, ó en su defecto coches y caballos que les condujesen lo más rápidamente posible á los lugares que hubiese que visitar y que muchos de ellos se hallan en parajes de difícil acceso.

Ante tales alicientes que brindaban con una ocasión verdaderamente única de conocer los famosos descubrimientos efectuados en Grecia y Asia Menor durante los últimos treinta años por arqueólogos alemanes, franceses y griegos, no vacilé en solicitar del Ministerio de Fomento que se me con-

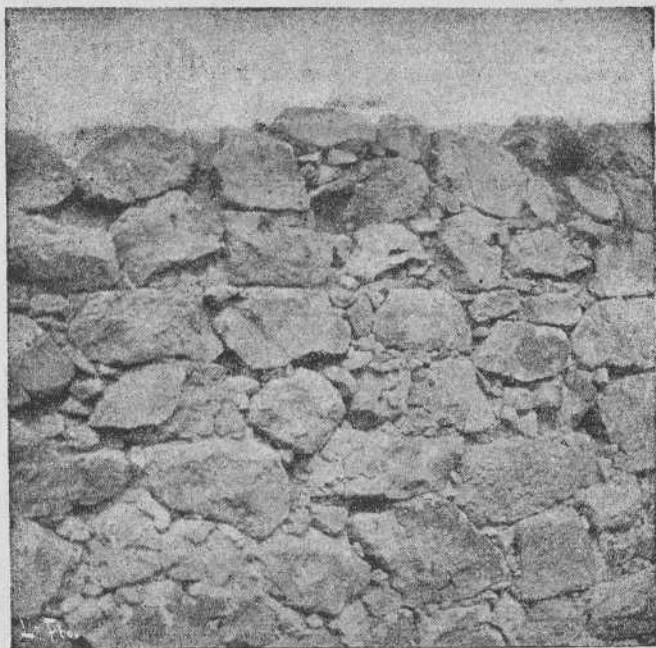


La colina de Hissarlik. —Ruínas de Troya.

cediese una comisión con dicho fin, significando el beneficio que podía resultar de mis investigaciones particulares, para los trabajos que mi cargo me impone en el Museo Arqueológico Nacional. No se me ocultaba que mi pretensión podía parecer algo extraña por lo alejado que nuestro país vive del gran movimiento científico internacional que ha inducido á Francia, á Alemania, á Inglaterra y á los Estados Unidos, al establecimiento de sendas Escuelas en Atenas para enviar á ellas pensionados, que así como nuestros artistas en nuestra Escuela de Roma se perfeccionan en el ejercicio de las Bellas Artes, se perfeccionan ellos en la Lingüística, la Historia, la Geografía ó la Arqueología. Yo solicitaba tan sólo la realización de un viaje que

en junto había de durar un mes, y sin embargo, era cosa tan nueva en nuestras costumbres docentes, que no tenía precedente más que en el viaje que efectuó á Oriente en el verano de 1871, á bordo de la fragata de guerra *Arapiles*, el actual Director del Museo, D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, que á la sazón ocupaba el mismo cargo que yo ocupo ahora de jefe de la Sección 1.ª del Museo.

Ni ese precedente tuve que invocar, pues desde el primer momento encontró mi pretensión la más favorable acogida en el Ministro de Fomento, Sr. Conde de Xiqueña, y en el Director general de Instrucción pública, don Vicente Santa María de Paredes, lo cual unido á las oportunas facilidades que prestaron al asunto el mismo Sr. Rada y D. Segundo Carrera, Jefe del Negociado en el Ministerio, dió por resultado mi nombramiento á 17 de Marzo último para efectuar el viaje, llevando la representación del Museo y



Muro de la Ciudadela de Tirinto. — Aparejo poligonal.



con especial encargo de estudiar y proponer la adquisición de reproducciones y cambios de éstas entre los Museos de Grecia y de Turquía y los nuestros.

Partí para Grecia el día 3 de Abril; á las ocho de la mañana zarpó de Marsella el vapor *Senegal*, llevando doscientos expedicionarios, entre los cuales me contaba, como así mismo otros cuatro españoles, mi buen amigo

D. Antonio Vives, conocido arqueólogo y arabista y tres aficionados de Santander, D. Francisco García Camino, D. Leopoldo Cortines y D. Francisco Salazar. En la expedición predominaba el elemento francés, en el que se distinguían varios profesores de las Universidades y Liceos de la vecina república, como MM. F. Robineau, J. Bessieres, M. Dufour, M. Herriot, E. Lebègue, G. Ligeret, el abate Müller, L. Raffy, M. Vanvincq, E. Martineche y otras personas notables, como el Conde de Saint Saud, miembro de varias sociedades arqueológicas, M. Labrouch, archivero departamental en Tarbes, M. Olivier, director de la *Revue Générale des Sciences*, algunos artistas, escritores y numerosos aficionados, entre los que se contaban algunas señoras y señoritas. Habían sido tantas las adhesiones que los organizadores se vieron precisados á fletar otro barco el *Orenoque*, que debía hacer igual recorrido y coincidir con el *Senegal* en el Pireo para asistir á la fiesta del cincuentenario. A bordo del *Orenoque* fueron ciento cincuenta expedicionarios, entre ellos otro español, el Sr. Marqués de Palomares, y como director Mr. Ch. Diehl, profesor de Arqueología en la Facultad de Letras de Nancy. Por supuesto, los expedicionarios del *Senegal* íbamos bajo la dirección de M. Radet que en la noche del día siguiente al de la partida nos dió la primera conferencia que versó sobre *Los descubrimientos de Schliemann*, y en el curso del viaje dió otras dos acerca de *La Escuela Francesa de Atenas* y de *La Acrópolis de Atenas* respectivamente, con preciosas vistas fotográficas. Otro profesor, M. Mederic Dufour, de Lille, dió al tercer día de navegación, sobre cubierta, cuando cruzábamos el Mar Jónico, una conferencia sobre los *caracteres exenciales de la Literatura y el Arte de los antiguos griegos*.

En la mañana del 6 hicimos el primer desembarco en el puerto de Itea, donde nos esperaba el insigne arqueólogo M. Homolle, actual Director de la Escuela Francesa de Atenas y descubridor de las ruinas de Delfos, que con él y bajo su dirección, visitamos aquel día.

No voy aquí á describir las ruinas y monumentos que visitamos en el curso del viaje, sería tarea demasiado larga y acaso impropia de este trabajo. Mi propósito es presentar en síntesis los resultados que para la Arqueología y la historia del arte han tenido los descubrimientos, fijándome particularmente en el fruto de ellos que pude admirar en los Museos. Para el buen orden de mi trabajo, tomaré como punto de partida el viaje del señor Rada, es decir, que voy á ocuparme solamente de los descubrimientos más importantes ocurridos desde aquella época, pues de los anteriores ya dió él cuenta con la erudición y el acierto que caracteriza sus trabajos en su obra «Viaje á Oriente de la Fragata Arapiles».

Desde 1871 han salido á la luz del día en Grecia los restos de los más famosos centros religiosos y acrópolis pelágicas de renombre legendario.

Es necesario conocer la historia de los descubrimientos para apreciar la importancia que hoy ofrece el viaje á Grecia. Desde el Renacimiento hasta

mediado el presente siglo, el arte griego solo podía estudiarse directamente en los despedazados restos de Atenas y pocos más y en las esculturas helénicas é imitaciones greco romanas esparcidas por Italia. Los admiradores del arte antiguo, lejos de practicar excavaciones y reparar monumentos despojaban á estos de sus mejores adornos, como hizo lord Elgin con el Partenón. Pero vino por fortuna el tiempo en que se comprendió que la tierra secular de la Antigüedad guardaba los mejores tesoros de la Arqueología, y después de haber iniciado los arqueólogos el período de las excavaciones en el alto Egipto y en las ruinas de Nínive, le tocó su turno á Grecia. La Escuela Francesa establecida en Atenas desde 1846 para perfeccionamiento de los cultivadores de los estudios clásicos, fué la primera, si no estamos mal informados, que puso el azadón en el suelo griego y justamente en el de la Acrópolis de Atenas. El hecho fué como sigue: En 1850 la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París puso entre los asuntos de las Memorias que se proponían á dicha Escuela, el siguiente: «Hacer una descripción completa y detallada de la Acrópolis de Atenas, según el estado actual de los trabajos recientes comparados con los datos de los autores antiguos». Intentó desde luego este trabajo M. Beulé, y como se le ofreciera la resolución de un punto difícil, por donde entraban en la Acrópolis las procesiones religiosas en tiempo de Pericles, hizo excavaciones — por Marzo de 1853 — ante la entrada de los Propileos hasta descubrir por entero la puerta que lleva su nombre — *Puerta Beulé* — y por la que hoy se entra para subir á aquel famoso y otro tiempo sagrado recinto. De 1860 á 1861 M. Fr. Lenormant intentó algunas excavaciones en Eleusis. Pero todo esto era poca cosa, aunque por el pronto pareciese mucho. Hacía falta emprender excavaciones en grande escala, hasta descubrir las etapas primitivas de la civilización cuyos orígenes permanecían oscuros.

Inició este género de excavaciones el Dr. Schliemann, comerciante alemán, que impresionado, como él mismo ha referido, con la lectura de Homero, abrigó desde su adolescencia la idea de descubrir Troya, empresa semi-romántica, que después de hacer una inmensa fortuna en Rusia y de haber viajado por todo el mundo, consiguió realizar desde el otoño de 1871 (justamente el año en que el Sr. Rada recorrió las comarcas orientales) hasta 1882. Sin haber sido arqueólogo de profesión, Schliemann ha prestado grandes servicios á las ciencias históricas. Sin más norte que su entusiasmo por los poemas homéricos, poseído verdaderamente de la obsesión de sacar al mundo de la realidad las ruinas de las ciudades, los palacios, los tesoros y hasta los restos de los personajes de la epopeya, realizó á costa de su cuantiosa fortuna y con una perseverancia admirable, los inesperados descubrimientos de Troya, Tirinto y Micenas, los centros de la cultura de todo un período histórico, tenido hasta entonces por legendario á causa de la falta de vestigios fehacientes.

Dichas excavaciones, sin precedente en Grecia, fueron, como queda indi-

cado, obra de años y no de labor consecutiva, sino de temporadas, en las estaciones más favorables. Según la historia que él mismo ha hecho de sus trabajos resulta que realizó los del descubrimiento de Troya en la colina de Hissarlik, situada en el extremo occidental del Asia Menor, junto al famoso Helesponto, hoy estrecho de los Dardanelos, en los años 1871, 1872, 1873 y 1878 á 1882. En la Argólida, desde 1876 á 1888, hizo las excavaciones de Micenas (donde creyó hallar los restos de Agamenon) y desde 1884 á 1885 las de Tirinto (1).

A medida que se ensanchaba ante sus ojos el campo de las excavaciones, comprendió Schliemann la necesidad de auxiliarse de un técnico y le halló



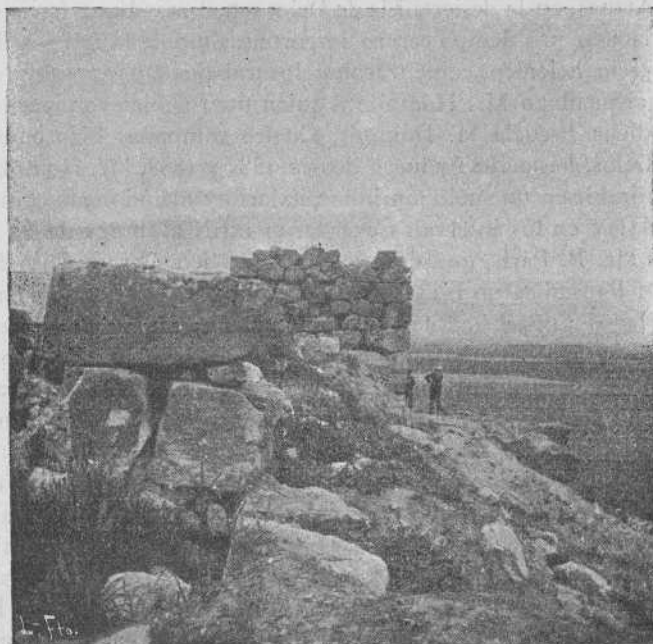
Poterna de la Ciudadela de Micenas.

inmejorable en el Sr. Dörpfeld, ingeniero, arquitecto y arqueólogo, que á la sazón trabajaba en las excavaciones de Olimpia.

El ejemplo de Schliemann sirvió de estímulo, y el primer paso importante en el camino de los descubrimientos fueron las excavaciones de Olimpia. Se sabía la importancia excepcional que tuvo en el mundo griego aquel

(1) Quien desee puntuales noticias vea como primeros elementos de información los libros de Schliemann, cuyas traducciones francesas, que serán las que estén más al alcance de nuestro público, llevan estas fechas: *Illos*, 1885; *Mycènes*, 1879; *Tirynthe*, 1879; y búsquese el estudio definitivo de tales ruinas en la obra de Perrot y Chipiez *Histoire de l'Art. dans l'Antiquité*.—T. VI.—*La Grèce primitive*.—L'Art Mycénien.

lugar donde nunca hubo ciudad, sino siempre el centro religioso más venerado, donde se congregaban los hombres afanosos de conquistar el premio en los ejercicios de la inteligencia ó de la destreza humanas, en fiestas tales que formaban época, servían de cómputo, desde el año 776 antes de J. C. Celebrábanse las olimpiadas cada cuatro años, y los diversos triunfos en ellas obtenidos, no ya en los concursos sino simplemente con su presencia por los grandes hombres de la Grecia, marcaron las sucesivas etapas de la cultura, por donde vino á ser centro de ella á la vez que religioso dicho lugar. Estas consideraciones hicieron comprender primero á Montfaucon, luego á Vinckelmann, en el siglo pasado, la conveniencia de hacer excavaciones en él.



Un ángulo de la Ciudadela de Micenas.

Hicieronlas primeramente los franceses en 1829, cuando la expedición á Morea, pero fueron de poco resultado; hízolas por fin Alemania, atenta á las excitaciones que venía haciendo para conseguirlo el insigne profesor de Berlín Ernesto Curtius y por virtud de un convenio con el gobierno griego que dió la autorización necesaria á condición de que los objetos descubiertos quedarían en el país. De primera intención el parlamento aleman (el Reichstag) votó un crédito de 200.000 marcos, comenzaron las excavaciones el 4 de Octubre de 1875, y en seis temporadas, sin interrupción, hasta 20 de Mayo de 1881, descubrió Curtius el templo y todas sus dependencias.

El entonces príncipe imperial, más tarde el malogrado Federico III, auxilió los gastos de su bolsillo particular. En junto, las excavaciones de Olimpia, que son de las más notables realizadas en Grecia (1), han costado á Alemania, sin que en sus Museos haya entrado una sola pieza de las descubiertas, 1.000.000 de marcos. ¡Caso notable de generosidad para un fin exclusivamente científico, que no debe olvidarse y más en un país como España que tan poco ha gastado hasta ahora por la Arqueología!

Pero el caso de Olimpia no es único en Grecia. Por su parte la Escuela Francesa, que desde su fundación venía dedicándose á explorar aquel país, decidióse á emprender excavaciones formales, y después de algunas intenciones que hizo en 1873 el francés M. Lebegue, luego la Sociedad Arqueológica de Atenas, en la desierta isla de Delos (en el mar Egeo, hacia el medio de las Cícladas), otro tiempo centro importantísimo de la religión de Apolo y del comercio helénico, comenzáronse los trabajos en 1877 que realizó el eminente arqueólogo Mr. Homolle á quien tuvo á bien confiárselos el director de dicha Escuela M. Dumont. Cuatro campañas hizo consecutivamente en Delos, hasta 1880 y luego dos en 1885 y 1888, Mr. Homolle ¡constancia admirable en un suelo tan inhospitalario y abandonado como es hoy el de la isla! y en los intervalos excavaron otros alumnos de la Escuela, entre ellos Mr. P. Paris, que descubrió un mosaico. Las noticias de Delos, eran nulas; Pausanias no las visitó. Se ha dado, pues, el caso de haber sido los arqueólogos quienes han dado á conocer lo que fué, lo que supuso en el mundo antiguo la isla santa. La historia de esta se halla, con datos preciosísimos, en las inscripciones que pasan de 1.500 y revelan cómo se administraba un templo, etc., etc. Otro núcleo importante del descubrimiento le forman las esculturas. Tan rico botín se debe principalmente á M. Homolle, que le ha dedicado preciosos trabajos (2). Las excavaciones de Delos han costado en total á la Escuela Francesa 50.000 francos.

Al mismo arqueólogo se deben otras excavaciones que son otra gloria—y recién conquistada—de Francia: las excavaciones de Délfos, centro secular y veneradísimo también del culto de Apolo, al pié del monte Parnaso. Intentáronse los trabajos en 1850, pero fué menester suspenderlos al año siguiente, y como oportunamente dice el Sr. Radet en un artículo que ha

(1) Curtius, Adler Tren y Doerpfeld *Ausgrabungen zu Olympia*, 6 vol. con reprod. fotograf.—Berlín, 1876-1881.—*Die Funde von Olympia*, 1 vol.—Berlín, 1882.—Boettcher, *Olympia*, Berlín, 1886. Flasch, art. *Olympia* en los *Denkmaeler* de Baumeister.

(2) Desde 1887 á 90, artículos varios en el *Bulletin de correspondance helénique*: *Comptes des Hiéropes du temple d'Apollon Délien* (1882, p. 1-167.) — *Inscriptions archaïques de Délos* (1874, p. 1; 1881, p. 272; 1883, p. 254; 1888, p. 463) etc. Véanse también los estudios del mismo M. Homolle *De antiquissimis Dianae simulacris*, París, 1885. — *Les Archives de l'Intendance sacrée à Délos*, París, 1886.—*Les Fouilles de Délos* (Monuments grecs, 1878). De otros autores son de citar los siguientes trabajos: Lebiégue, *Recherches sur Délos*, París, 1876; Reinach, *Le Sanctuaire des Cabires*, y otros artículos en el *Bull. de Corresp. hellén.* 1883, 328.—Perrot, *Les Statues de Diane à Délos*. (*Journal des savants*, 1887).

dedicado a la Escuela de Atenas en la *Revue de Sciences* (30 de Marzo 1898) con motivo de la expedición, dicho asunto fué otra guerra de treinta años y no se obtuvo la paz de Westphalia hasta la primavera de 1891; se refiere á las dificultades que pusieron los mismos griegos en un principio, á causa de que sobre las sepultadas ruinas de Delfos existía el pueblecito de Kastri, y al deseo de los norte-americanos de alcanzar en Grecia algun triunfo científico. Pero al cabo, merced al exquisito tacto con que condujo el asunto M. Homolle, fué promulgada en Mayo de 1891 una ley cediendo Delfos por diez años, para los trabajos científicos de Francia, y al fin, bajo la dirección de dicho señor se emprendieron las excavaciones. El 7 de Octubre de 1892 fué la inauguración de los mismos, lo que se hizo con toda solemnidad, en presencia de varias notabilidades helénicas. Cuarenta casas ha sido menester expropiar y derribar; pero el resultado de las excavaciones ha sido excelente, pues aparte de las ruínas del templo de Apolo y las dependencias se han hallado numerosas inscripciones, entre ellas un himno al dios y notables esculturas en su mayoría arcaicas.

Al propio tiempo que se realizaban estos trabajos, los miembros de la Escuela Francesa han realizado otras excavaciones si no tan importantes, de buenos resultados para la Arqueología. MM. Ed. Pottier, Salomon Reinach y Alfonso Veyries desenterraron en la necrópolis de Myrina, en el litoral del Asia Menor, las preciosas figuras de barro que por excepción vinieron á Europa y hoy se hallan en el Museo del Louvre. M. G. Fougères halló en Mantinea unos bajo-relieves de la Escuela de Praxiteles; M. Jamot excavó en Tespías; M. Chamonard, bajo los buenos auspicios del Museo Imperial Otomano, ha hecho interesantes descubrimientos en Lagina; M. Bernard los ha hecho en Tegea y al presente los está efectuando M. B. Haussoullier en Didymas.

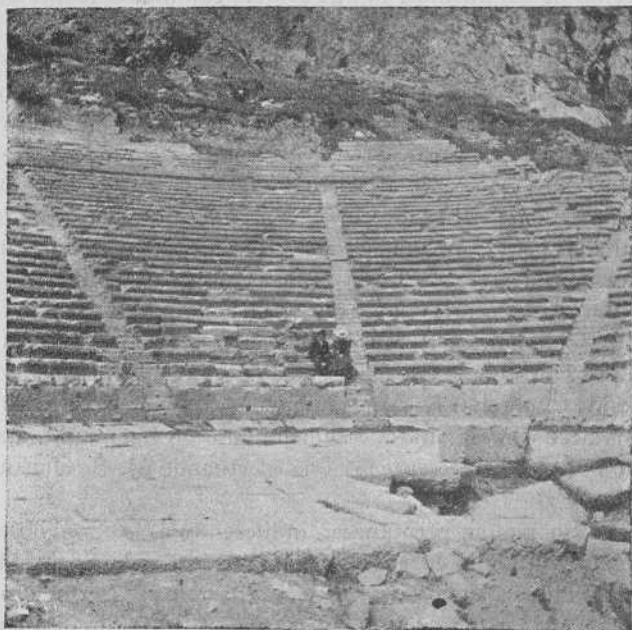
Los griegos no podían permanecer indiferentes á este movimiento científico tan activo y fecundo en excelentes resultados, y la Sociedad Arqueológica de Atenas hizo á su costa y con el auxilio eficaz del gobierno griego, por los años de 1882 á 1889, las excavaciones que pusieron de manifiesto el famoso santuario de Eleusis; dirigió las excavaciones el Sr. Philios. Antes, en 1876, había descubierto otro arqueólogo griego, Constantino Carapanos, los restos del oráculo de Zeus en Dodona. El más significado de los arqueólogos griegos, actual *éforo* ó director de las antigüedades en Grecia y Director del Museo de Atenas, el Sr. Cawadias, descubrió desde 1881 á 1887 el santuario de Esculapio en Epidauro y en Atenas misma, en la Acrópolis, de 1882 á 1886, el antiguo Partenon, y entre sus ruínas contiguas el descubrimiento más peregrino que registran los fastos de la Arqueología: las catorce estatuas arcaicas de mujer esculpidas en mármol y pintadas.

Turquía tampoco ha permanecido indiferente al movimiento científico que señalo, y el Intendente de Bellas Artes del Imperio Otomano, Director del Museo de Constantinopla, Hamdi-Bey, descubrió en 1887 en la necró-

polis de Saida, interesantes sarcófagos fenicios y griegos que son las joyas de dicho Museo.

Tales son, sumariamente expuestos los descubrimientos de los últimos años en Grecia y Turquía. Conocerlos era el objeto del viaje, y con efecto hemos visitado los centros más importantes: Troya, Tirinto, Micenas, Olimpia, Délos, Delfos y Atenas, y en los Museos hemos visto las importantes obras de arte desenterradas en esos y en los demás puntos citados, es decir, el fruto de todos los trabajos indicados.

Respecto de la forma en que el viaje se ha realizado, bastará decir que



Teatro de Delfos.

el programa se ha cumplido en todas sus partes, sin que incidente alguno lo estorbase, y que por virtud de fructuosos trabajos previos de los organizadores, los expedicionarios fuimos recibidos y agasajados en Turquía como acaso no se esperaba (1). De la fiesta de Atenas hablaré en particular.

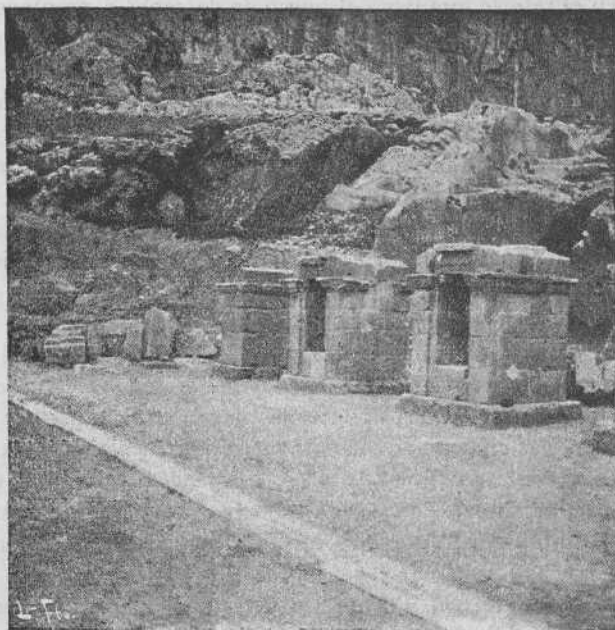
(1) En el Monte Athos, los frailes del convento ruso del *Rossicon* y *Vatopedio*; en Constantinopla el Sultan, que nos permitió visitar su tesoro y algunos de sus palacios, y presenciar la ceremonia del Selamlık; en la misma capital la sociedad ó círculo «Unión francesa», y en Brusá una escuela ó colegio francés. Los españoles en particular recibimos delicadas atenciones del Ministro de España en aquellos países, Sr. Marqués de Campo Sagrado y del personal de la Legación, y yo especialmente de los tres Cónsules de Marsella, Constantinopla y Atenas Sres. D. Enrique Gaspar, D. Ricardo Espejo y D. P. Damala, respectivamente.

II.

Ruinas y Monumentos.

Prescindiendo del orden en que visité los puntos donde existen las ruinas y monumentos, porque como puede comprenderse no fué el que impone el método arqueológico, voy á señalar la significación que los mismos ofrecen en la ciencia.

No cabe duda de que Troya es el centro de población más antiguo de cuantos visitamos. Pocos descubrimientos han sido más discutidos que éste



Estadio de Delfos.—Línea de partida para la carrera.

del Dr. Schliemann. Pero cuando después de atravesar la llanura de Troya y el río Escamandro, se sube á la colina de *Hissarlik* y merced á las excavaciones y zanjas que en ella abrió el explorador, se examinan las ruínas que á primera vista parecen montón informe de materiales; cuando llegan á apreciarse distintamente los restos de las cuatro ciudades superpuestas y por consiguiente sucesivas que los arqueólogos diferencian, se admite sin dificultad que pudo ser *Ilión*, la segunda de ellas, la *ciudad quemada*, que dice Schliemann, pues sus restos reúnen todos los caracteres de una acrópolis de

las llamadas pelásgicas. Sus muros, en talud de piedra, de aparejo tosco y de adobes en la parte superior, es de lo más primitivo en su género.

Cronológicamente después de la ciudadela de Troya debe colocarse la de Tirinto, que es mucho más importante y la mayor de cuantas se conocen hasta hoy, pues mide la meseta 300 metros de largo por 100 de anchura, y los gigantescos muros de aparejo irregular, que forman sus tres recintos escalonados son tales, que por algún punto el espesor es de 17 m. Este aparejo está compuesto de grandes bloques, apenas tallados, de piedra caliza y piedras pequeñas en los intersticios.

La acrópolis de Micenas es la de menos remota fecha y por lo mismo la de aparejo más regular, sobre todo por la parte en que se halla la puerta de la fortaleza, la llamada *puerta de los leones* á causa de los dos que aparecen esculpidos en el relieve que llena el hueco de descarga ó montante triangular sobre el enorme dintel. Se han reunido suficientes elementos para conocer de una manera bastante completa la civilización primitiva de la Grecia antes de la invasión dórica, el período hasta ahora obscuro, generalmente llamado pelásgico, que apenas era vislumbrado de los historiadores del arte más que por restos como la *puerta de los leones* y el *tesoro de Atreo* de Micenas.

Si como se piensa, la historia de este período hay que entresacarla de las leyendas heróicas, puede admitirse que dichos centros de población lo eran de otros tantos reinos hereditarios: en Troya el de Priamo, en Tirinto el de Danao y su descendencia, en Micenas el de los atridas. En cada uno de esos centros hay que distinguir la ciudadela, donde moraba el príncipe, y la ciudad baja, de las que solamente subsisten algunos trozos de murallas en Micenas, y en esta y en otros puntos las llamadas hoy *tumbas de cúpula* y antes tesoros. Las ciudadelas están invariablemente construídas en eminencias poco elevadas, colinas aisladas, destacadas de alguna cadena de montañas y artificialmente escarpadas y achatadas para que respondieran mejor á su destino y por lo que ofrecen la fisonomía uniforme con que hoy las vemos todavía.

Las acrópolis de Troya, Tirinto y Atenas (en la que son bien visibles los trozos de muro ciclópeo que denotan su antigüedad) claramente indican que tales eminencias fueron escogidas de intento próximas al mar para vigilar la costa y poder acudir pronto á su defensa en tiempos como aquellos en que la piratería tenía el Mediterráneo por teatro de sus hazañas. La defensa de las acrópolis consiste, como hemos indicado, en recias murallas de aparejo poligonal; el sistema de fortificación, en grandes lienzos de muralla entre torres cuadradas; y en Tirinto, por ejemplo, se distinguen tres recintos fortificados y superpuestos, separados por terrazas. En el espesor de los muros se ven practicados caminos cubiertos, escaleras y poternas, pasadizos ó corredores cerrados por bóveda apuntada, si tal nombre merece el cerramiento por dos planos inclinados. Las restauraciones ideales que ofrece el

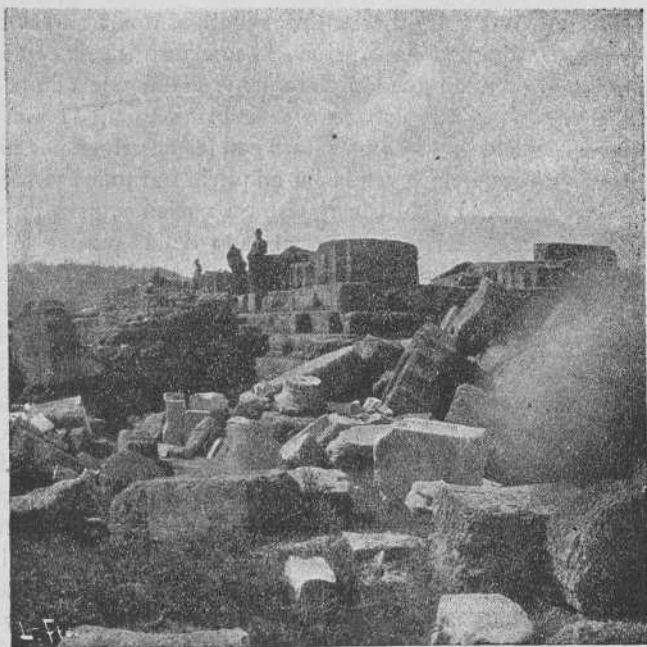
arquitecto M. Chipiez en la *Histoire de l' Art* (t. VI) suscrita por M. Perrot y por él, se ajustan mucho á lo que hoy puede deducirse del estado de las ruínas y de cuanto en ellas se ha descubierto, de modo que dan idea bastante verosímil de lo que debieron ser tales ciudadelas.

En lo alto de éstas se alzaban los palacios, cuyos restos escasos permiten darse cuenta del trazado, que acusa dependencias pequeñas y separadas, sin duda porque el arquitecto primitivo no sabía unir las diversas partes de un conjunto, y entre ellas se distingue la estancia principal ó sala de audiencia, el *megaron*, de que nos hablan los poemas homéricos, con su hogar en el centro, en torno del cual reposaban los príncipes de los cuidados de la vida heróica.

Las ciudadelas de que me ocupo revelan en sus remotos pobladores un grado de cultura bastante primitivo: en primer lugar no ha parecido ningún monumento escrito, ninguna inscripción, lo que justifica el calificativo de prehistórica dado á esa Edad que tan claramente se diferencia de la histórica que conocemos; de modo que con estos descubrimientos, de una realidad ignorada, que coincide en más de un punto con las descripciones contenidas en los poemas homéricos, la leyenda ha adquirido grandes visos de certidumbre. Por otra parte, la industria muéstrase naciente, pero impulsada y estimulada por fuerzas crecientes, pues al lado de las puntas de flecha de pedernal, cuyo empleo se conserva durante mucho tiempo, aparece el oro en cantidad asombrosa, empleado en láminas estampadas y relevadas para formar las caretas fúnebres, diademas, cinturones y placas de adorno indumentario; aparecen el cobre y el bronce en cuyos raros ejemplares se observa poca cantidad de estaño. En cuanto al arte, cuyas obras más importantes son las estelas funerarias de Micenas, con relieves figurativos—carros de guerra—del sistema egipcio en que las figuras apenas destacadas del fondo están simplemente grabadas en un plano paralelo al del mismo, coinciden en este detalle técnico y en el dibujo anguloso y bárbaro, con algunos relieves hititas y con los de estilo ibérico que decoran algunas lápidas celtibéricas con inscripciones romanas. Las demás obras en que puede juzgarse de este arte primitivo, llamado por unos pelásgico, por otros egeano, y por Mr. Perrot en su citada obra (primera en que se ha estudiado sistemáticamente el asunto) *miceniana*, son productos de la industria: copas de oro repujadas, puñales con adornos incrustados, marfiles grabados, piezas cerámicas modeladas unas y hechas á torno y pintadas otras, y por excepción restos de pinturas murales de Tirinto; y en todo ello resalta como conclusión evidente que el maestro de los primitivos hombres que produjeron tales obras, fué el Oriente.

Circunscritos los arqueólogos á los caracteres de las ruinas y objetos entre ellas desenterrados y existentes en los Museos, para calcular la edad de esa civilización y el proceso histórico de tales obras, infieren que Troya denota más antigüedad que Tirinto y Tirinto más que Micenas, y para solo

fijarnos en lo de más bulto, en la estructura del aparejo ciclópeo, de las tres clases de él que se distinguen, tenemos: que el poligonal compuesto de grandes piedras brutas con piedras pequeñas en los intersticios, es el más característico de Tirinto, y recuerda por cierto el del trozo de muralla *ciclópea* de Gerona; el poligonal con tendencia á lo cuadrangular y sin piedras en los intersticios, y el cuadrangular con aristas oblicuas en vez de verticales, se hallan en Micenas y también en nuestra acrópolis ciclópea de Tarragona. Asígnase á Troya una antigüedad anterior al siglo XVI antes de J. C.; á los restos más modernos de Tirinto, una antigüedad del siglo XIV ó del XIII, y á la parte más moderna de Micenas, el siglo XII; pero desde el XV lo



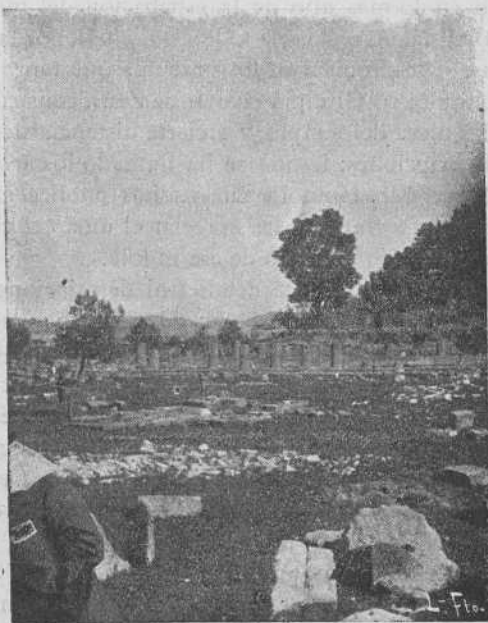
Angulo del templo de Zeus en Olimpia.

menos existía la ciudadela, puesto que entre los objetos en ella descubiertos se cuenta un escarabajo con el nombre de la reina Ti, mujer del faraón Amenofis III, de la dinastía XIX. Deshabitado estaba Tirinto en el siglo V, y hasta debió olvidarse, pues Pausanias no visitó la ciudadela ni la menciona.

En resumen: tenemos que, merced á las grandes escavaciones iniciadas y continuadas con ardorosa perseverancia por Schliemann en los últimos veintiocho años ha resurgido un largo período, una Edad casi ignorada, de

la Historia de Grecia, que sólo puede reconstruirse por medio de la Arqueología, es decir, de numerosos restos auténticos.

De los centros de la cultura clásica que he visitado—Délos, Délfos, Olimpia, Atenas,—los tres primeros son los que dan idea más completa de lo que eran aquellos lugares consagrados por la religión, que representaban en el mundo antiguo lo que en el moderno los piadosos santuarios de las imágenes milagrosas. La isla de Délos por haber sido cuna de Apolo; Délfos por haber sido aquel valle que forma la vertiente meridional del Parnaso, teatro de la lucha mantenida por ese dios con la serpiente Pitón; Olimpia,



Ruinas de la Palestra y del *Pelopion* ó tumba de Pelops en Olimpia.

por haber sido centro de la religión de Zeus, eran lugares venerados desde tiempos muy antiguos, tanto que en todos ellos parece que existieron santuarios más viejos que los descubiertos en ruinas. La índole de las construcciones, la relación que entre ellas se observa, sus respectivos destinos, en cada uno de dichos centros responde á un mismo sistema, y por consiguiente á las costumbres religiosas de los helenos. El *temenos* ó recinto sagrado—generalmente muy extenso—cercado por muros, contiene casi en el medio, el templo principal, el del dios tutelar; en su proximidad los santuarios especiales de las divinidades relacionadas con él, como son en Délos el de Ar-

temisa, el de Dionisos, el de Serapis, Isis y Anubis, y en Olimpia los dos dedicados á Hera, más el *Pelopion* ó tumba del héroe local, Pelops; en el camino que conduce al templo, desde los propileos ó pórticos que forman la entrada, la série de tesoros, construcciones pequeñas en que las diferentes ciudades ó tribus depositaban y conservaban las ricas ofrendas en que rivalizaba su orgullo, y un sin número de monumentos votivos consistentes en altares, estatuas, *exedras*; pórticos para albergar los peregrinos que acudían en las grandes festividades; las habitaciones de los sacerdotes, y los lugares de diversión—diversiones que, como se sabe, estaban entonces íntimamente relacionadas con la religión,—en Délos teatro, en Delfos teatro y estadio, abierto por cierto en lo más alto de la estribación del monte, y estadio é hipódromo en Olimpia. Agréguese á todo esto, en Delfos la roca de la Sibila, el lugar en que se pronunciaban los oráculos que tanto prestigio dieron á aquel famoso templo; en Olimpia el altar de Zeus, construcción oval muy grande, que se alza fuera del templo y á cierta distancia de él; en Délos la copiosa serie de inscripciones; lo que se ha llamado los archivos de Délos, que ha dado á conocer Mr. Homolle en eruditas publicaciones y que contienen los datos más importantes para apreciar el modo cómo funcionaba y era administrado un centro religioso de esa índole.

La de este trabajo no consiente detalles ni descripciones. Bastará decir que los tres templos importantes acabados de mencionar, son de orden dórico, el más típico y apropiado á las construcciones religiosas; el de Olimpia, poco anterior al Partenón, construido en piedra, un conglomerado de color negruzco; el de Délos del siglo IV, con columnas ménos severas, sin estrías, por excepción. Superior acaso al interés arqueológico de la arquitectura es el artístico de las esculturas descubiertas en los tres centros y existentes en los Museos de Olimpia, Delfos y Atenas, de que hablaremos se paradamente.

En Atenas, aparte de los monumentos ya conocidos y famosos, de los cuales el Partenón están ahora restaurándolo, señalaré como descubrimientos de los últimos años, de una parte los efectuados por el citado Sr. Dœrpheld, actual director del Instituto alemán, consistentes en restos de casas y de otras construcciones en las cercanías de la Acrópolis; y de otra parte los efectuados por los mismos griegos, sobre todo los de la misma Acrópolis, que se consideran los más importantes de cuantos en los últimos años se efectuaron en Grecia. El director de ellas, el ya citado Sr. Cawadias tuvo la suerte de poner al descubierto hasta la roca que sirvió de base á las construcciones, con lo que consiguió sacar á luz los restos del antiguo templo de Atenea, el que levantó la devoción de Pisistrato y destruyeron los Persas en 480 antes de J. C., más los restos de las construcciones inmediatas donde se hallaban las famosas catorce estatuas femeniles pintadas, que en tiempo de Cimon se utilizaron como escombros, por haberlas mutilado y destrozado los invasores, y cuyo hallazgo en los memorables días 5 y 6 de Febrero

de 1886, constituye el hecho más saliente en los fastos de la Arqueología clásica, por habernos revelado de golpe una página de ella interesantísima y completamente ignorada.

Por las simples indicaciones que anteceden puede juzgarse de los nuevos elementos que han aportado al estudio de la Arquitectura griega en sus distintas épocas los descubrimientos incesantemente realizados á partir del de Troya. Si esto sucede respecto de la Arquitectura, puede juzgarse si será mucho más interesante lo descubierto de Escultura, arte que nos ofrece la más genuina representación del génio griego. Efectivamente, muchas y excelentes son las obras escultóricas desenterradas entre las indicadas ruinas; y como hoy constituyen la mejor riqueza de los Museos, nacidos y formados como consecuencia de las excavaciones, forzoso es dedicar á ellos, y por consiguiente á aquellas, capítulo aparte.

III.

Museos.

Cinco fueron los Museos que visitamos en el curso del viaje, sin contar los de Marsella y Gerona, cuyas colecciones me detuve á examinar deseoso de ver los restos de las colonias fóceas fundadas en Marsella y Ampurias, restos que era interesante comparar con los del genuino arte y la industria de la Grecia. Prescindiendo de estos Museos de Occidente, puesto que sólo busqué en ellos términos de comparación para un estudio especial, quedando por consiguiente fuera del estudio de conjunto que en la expedición he realizado, voy á dar noticia de los expresados Museos de Oriente.

MUSEO IMPERIAL OTOMANO, EN CONSTANTINOPLA. — Este Museo, instalado primeramente en lo que fué iglesia bizantina dedicada á Santa Irene, lo trasladaron en 1875 á un pabellón denominado *Tchinili-Kiosk*, que quiere decir «kiosko de las lozas», de los azulejos, que diríamos nosotros, situado en el extremo ó punta oriental de Stambul, en una parte de los jardines del Serrallo, y en 1890 fué ampliado con otro pabellón nuevo, construido de intento, para contener los sarcófagos descubiertos en 1887 por Hamdi-Bey en uno de los hipogeos de la necrópolis de Saida (la antigua Sidón), en Siria. Este pabellón nuevo es de gusto clásico y consta de dos pisos, divididos en dos alas por el vestíbulo y la escalera. El pabellón viejo es de arquitectura turca y la primera construcción que hicieron los turcos en Constantinopla después de la conquista; su pórtico hállase decorado con un revestimiento de azulejos (los que le valen aquel nombre) como los que se ven en las mezquitas de Brusa. En el jardín, sin duda en espera de nuevos pabellones que les den digno albergue, hay muchos sarcófagos y grandes monumentos, entre ellos unas grandes figuras de leones hititas de Marach que

guardan relación de estilo con los de la Alhambra de Granada. La entrada es pública mediante el pago de un billete que vale 50 céntimos por persona.

Como sucede en la mayoría de los Museos, en éste, á pesar de su reciente ampliación, el orden en que el visitante ve los objetos no es precisamente el que imponen la Cronología y la Historia. Con arreglo á él debemos mencionar en primer término la colección de antigüedades egipcias, que no es muy numerosa pero sí de piezas muy escogidas: bronces, figuras de barro esmaltado y sarcófagos. Entre estos sobresalen por la brillantez de sus pinturas y su excelente conservación los procedentes del hallazgo que se llama de las *Tumbas de los sacerdotes de Amón* (dinastía XXI), efectuado en 1891 en Deir el Bahari; del cual hallazgo se formaron algunos lotes, que el gobierno egipcio regaló á los Museos de Occidente, entre ellos á nuestro Museo Arqueológico Nacional. A través de un cristal que sirve de tapa á uno de los ataúdes del Museo de Constantinopla se ve una momia que ha llegado intacta hasta nuestros días.

La colección caldeo-asiria solo ofrece á los artistas algunos pocos relieves esculpidos en piedra, pero en cambio es riquísima en documentos escritos, textos en caracteres cuneiformes trazados sobre delgadas placas de arcilla, que ocupan muchas vitrinas y que por su abundancia recuerdan la famosa Biblioteca de Asurbanipal. Entre los relieves asirios procedentes de Mosul, sobresale uno que representa un embarque de cautivos en presencia de un rey, y otro en que aparece un carro seguido de un guerrero.

Una sala entera ocupa la colección, curiosísima por lo raro de sus piezas, formada con inscripciones hymiaritas é hititas. Estas se ven esculpidas, pues son de relieve, en pedazos de basalto negro, procedentes de Hamath en Siria. Algunos de estos monumentos son estelas con figuras de relieve; relieves conocidos desde hace poco tiempo en la Historia del arte, en la que según el estudio que á estas antigüedades ha dedicado M. Sayce, representan el arte de los hititas ó heteos, pueblo cuya dominación se extendió sobre una parte del Asia Menor en el siglo III antes de J. C. Uno de estos relieves es el que representa dos mujeres mitradas y con luengos velos, sentadas frente á frente ante una mesa, y una de ellas con un espejo en la mano.

La colección de antigüedades fenicias se compone, en primer término, de los indicados sarcófagos de la necrópolis de Saida. Dos de ellos, anteriores á la conquista griega, son de basalto y fueron sin duda adquiridos en Egipto: uno es sencillo y liso; otro tallado en figura antropoide; lleva una leyenda jeroglífica y fenicia, que es el epitafio de Tabnit, príncipe de Sidón, padre de Echmunazar, cuyo sarcófago se conserva en el Louvre. Los demás sarcófagos son del tipo greco-fenicio conocido, antropoides, con la cabeza cuidadosamente esculpida, como los de la misma necrópolis que posee también el Louvre y el de Cádiz. Por otra parte citaremos el coloso (4'20 metros de alto), de Amatonte (Chipre), extraña imagen de Hércules ó

del gigante Isdubar, que recuerda al Bes egipcio y no poco á las figuras asirias, teniendo una leona cogida por las patas.

Hay, además, una sala de antigüedades chipriotas, cuya colección se considera como la primera en su género después de la del Museo de Nueva York. Abundan en ella las esculturas, que pueden dividirse en dos clases, á saber: estatuas representando divinidades, como Hércules, Melcarte, Afrodita con la paloma y Démeter sentada, y estatuas ó cabezas, retratos de sacerdotes, sacrificadores y oferentes. La serie de retratos es interesante por lo cuidadosamente que trataban las cabezas los escultores chipriotas, en un estilo que debe considerarse como derivación del arcaico griego, y que se caracteriza por lo saliente de los pómulos, la forma almendrada y abultada de los ojos y la sonrisa convencional, con algo de irónico. Hay una serie de 120 cabezas pequeñas con diademas ó coronas de follaje semejantes á las que trajo al Museo Arqueológico Nacional el Sr. Rada. Análoga semejanza puede señalarse respecto de los vasos chipriotas decorados con labores geométricas, sólo que la colección de Constantinopla es numerosísima.

Con ser tan importantes las piezas de arte oriental que llevamos mencionadas, no forman un conjunto tan brillante y numeroso como el de las antigüedades griegas y greco-romanas. Mencionaremos en primer término la serie de los sarcófagos, que por su variedad y calidad debe considerarse como la mejor riqueza del Museo. Los más antiguos son tres arcaicos, de barro cocido, con pinturas de adorno y figuras en los bordes de la cara superior, dos de ellos sobre fondo negro y otro sobre fondo rojo; proceden de Clazomenes. El grupo más interesante es el de los sarcófagos de mármol pentélico ó de Paros, correspondientes por su estilo al período que se llama helenístico. Componen juntamente con los fenicios antes mencionados el hallazgo de Saida, y del estudio del sitio y de los monumentos se deduce que después de la conquista macedónica alguno de los generales de Alejandro se apropió aquella sepultura real donde fueron enterrados él y varias personas de su familia; los sarcófagos son nueve, cuatro decorados con figuras y cinco con adornos arquitectónicos. Detengámonos un poco á describirlos valiéndonos de lo que recordamos, de las indicaciones que acerca de ellos hizo el Sr. Radet en la conferencia que nos dió á los expedicionarios en el mismo Museo, y de las descripciones de M. Georges Perrot insertas en la *Guide Joanne* y de M. Max. Collignon en su *Histoire de l' Sculpture grécque* (t. II).

Sarcófago del sátrapa, llamado así por las escenas de la vida de un sátrapa ó príncipe local que se ven representadas de relieve en el friso de sus cuatro frentes: se ve al personaje á caballo, en un banquete con su mujer, ofreciendo un sacrificio y entregado á la caza mayor. Las figuras son pequeñas para lo que se usa en sarcófagos y el estilo de la buena época. Mr. Radet le dió por fecha el 460 antes de J. C. Mr. Perrot cree posible que no perteneciese este sarcófago á la serie de los esculpidos para el indicado

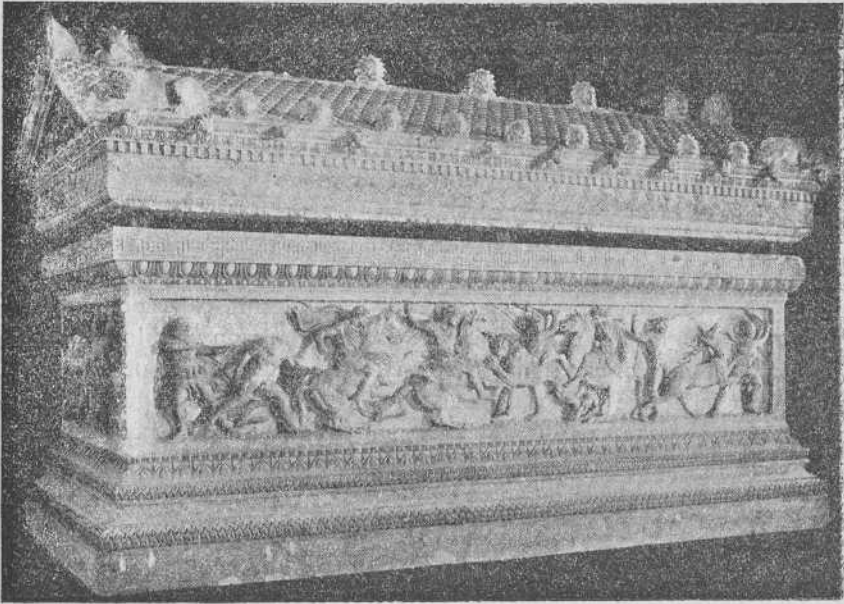
general de Alejandro y su familia, sino que debió esculpirse y llevarse á Saida para algunos de los miembros de la dinastía fenicia, hecho que no es nuevo, pues son muchos los que atestiguan que antes de la conquista macedónica se dejó sentir en Fenicia la influencia griega. M. Collignon entiende que el autor fué uno de los artistas de la Grecia Oriental que trabajaba para las personas reales de la Licia y de la Cária, y que el monumento pudo ser encargado en alguna ciudad jónica por un rey sidonita antes de fines del siglo V.

Sarcófago licio, esto es, que reproduce el tipo de las construcciones de la Licia y de la Panfilia, de modo que la tapa figura la techumbre perfilada por sus dos frentes ó lados menores en arco roto ó apuntado. Por consiguiente, esta tapa es muy alta y sus tímpanos están adornados con esfinges aladas. La caja lleva en sus caras menores, ó sea debajo de los dos tímpanos, dos centauros luchando con una quimera y un centauro luchando con un lapita, respectivamente; y en las caras principales amazonas y una cacería. Como observa M. Perrot en este último grupo, parece descubrirse el recuerdo muy marcado de una de las metopas del friso del Partenón. M. Collignon le asigna con razón una antigüedad de principios del siglo IV antes de J. C., pues dicha analogía, lo bajo del relieve y el estilo, denotan la corriente artística de ese tiempo en Licia de donde se conservan otras obras que denotan también la influencia allí ejercida por la plástica ateniense.

Sarcófago de las plañidaras, por las dieciocho lindas figuras de mujer en actitud doliente, que ocupan los intercolumnios de un pórtico jónico, motivo que llena por entero los cuatro frentes. Las figuras son de relieve muy bajo; su estilo es el de la Escuela ática, á mediados del siglo IV en tiempo de Scopas. «Lo maravilloso, dice Perrot, es el arte con que el escultor ha sabido diversificar las aptitudes. Estas dieciocho figuras, unas sentadas, otras en pié, traducen todas un mismo sentimiento, el dolor; le traducen por sus posturas y la expresión de su rostro, por el movimiento de los brazos que caen como abatidos, por la mirada que parece perdida en el espacio en busca de la imágen del ausente». Estas figuras conservan restos de haber estado pintadas, así como las de los frontones y frisos de la tapa y del zócalo de la caja que según conjetura M. Collignon, debió contener el cuerpo del rey sidonita Straton I (374 á 362).

Sarcófago de Alejandro, nombre que debe á las imágenes de este soberano que aparecen en los dos principales relieves decorativos de sus costados, que representan la batalla de Issos ó Arbelas y una caza de leones. Estas atrevidas composiciones están llenas de expresión dramática, como las demás del sarcófago, los episodios guerreros que hay en los lados pequeños de la caja y en los dos frontones de la tapa que simula la cubierta de una construcción igual á la de los templos griegos, con sus acroteras y gracioso coronamiento. Todo el monumento afecta forma de edificio, y su zócalo y friso están prolijamente decorados con adornos arquitectónicos; predomina en él,

hasta en sus esculturas, un carácter decorativo que se manifiesta en la riqueza de motivos realizados por los vivos colores, (por cierto en bastante buena conservación), con que fueron pintadas las figuras de dichos relieves. Es singular por cierto la brillantez de algún azul, algún rojo, algún violeta. Este sarcófago sobrepaja en riqueza á todos los demás y se halla muy bien con-



SARCÓFAGO DE ALEJANDRO.—Monumento griego del siglo IV.—Museo imperial Otomano en Constantinopla.

servado. Según M. Salomón Reinach, debió labrarse para el rey Abdalonymo, á quien Alejandro dió, después de la batalla de Issos, el reino de Sidón, en el que sucedió al príncipe destronado Straton II. Corresponde por lo tanto esta obra de arte á fines del siglo IV, como lo demuestra su estilo.

Completan la colección de monumentos funerarios los siguientes: un sarcófago en cuyas cuatro caras aparecen representados sucesivamente asuntos de las fábulas de Fédra é Hipólito, de Ariadna y Teseo, un águila y una esfinge, un fragmento de sarcófago; relieve greco-romano de origen lidio con la representación de la muerte de Egisto ó la de Neoptolomeo, hijos de Aquiles, sorprendido en el templo de Delfos y defendiéndose con los muebles del templo; estela procedente de Pella en Macedonia, decorada con un bajo relieve de estilo griego representando un Dióscuro ó Cabiro armado, y una série de más de 300 piezas, procedentes de Tracia y Macedonia, consistentes en relieves de asuntos de simbolismo funerario, como la familia dividida por la muerte, la última despedida, banquetes fúnebres, etc., etc.

Entre las esculturas restantes de la Sección greco-romana deben mencionarse: un bajo relieve arcáico, procedente de Cízico, que representa un carro tirado por dos caballos; dos estatuas de piedra caliza halladas en Cynea, cerca de la Fócea, en 1881, de 0,65 y 0,70 de altura, la mayor interesante por el color rojo que conservan sus paños; unas imágenes arcáicas (del siglo VI antes de J. C.) de Cibeles, la diosa fócea con el león sobre las rodillas, é iguales á unas encontradas en Marsella á donde las llevaron los fóceos; torso de Ariadna dormida, de buen estilo; friso en relieve, con asunto de cacerías, de un pórtico de Salónica, de trabajo romano, y parte superior de una estatua del *Buen Pastor*, del siglo V de J. C., descubierta en Constantinopla misma y notabilísima por su mérito y por lo raras que son las figuras de bulto redondo en el arte cristiano de los primeros siglos.

La Sala de bronce contiene piezas muy escogidas y algunas excepcionales: por ejemplo, las señaladas con los números 1 y 2, estatuas de atletas, por desgracia mutiladas, de arte griego arcáico, halladas respectivamente en Tarso y en Cilicia. De más valor artístico es aún una cabeza de un atleta jóven, de estilo ático puro, del siglo IV, que con razón se coloca entre las últimas obras de Policeto y las primeras de Praxiteles, aunque no es posible indicar quién fué su autor ni desconocer la analogía que guarda con la del Hermes del maestro últimamente citado; es, en suma, un bronce admirable por la expresión, por la nobleza de líneas y la libertad del modelado.

En medio de la sala hay una vitrina que contiene unas joyas de oro descubiertas en Troya, por obreros de Schliemann en 1873, tres meses antes del descubrimiento del pretendido *Tesoro de Priamo*, y confiscadas á un comerciante que las obtuvo de uno de los obreros que las sustrajo. Componen la colección un brazaletes doble, pendientes en figura de culebras, dos adornos calados, ochenta cuentas, ocho cadenas, varillas, broches, y un lingote fundido por el incendio; todas estas piezas son de oro. También hay en la vitrina dos hachas de bronce, de igual procedencia. Efectuóse el hallazgo en Hissarlik á 10 metros de profundidad y el estilo de las joyas se asemeja mucho al llamado miceniano. Con ellas figura un espejo de bronce adornado con relieves, procedente de la necrópolis de Myrina y el primero hasta ahora descubierto en Asia Menor. Otra pieza notable es la mandíbula superior de una de las tres cabezas de serpiente de la columna de bronce que permanece en la plaza del At-Meydan, y con los obeliscos también subsistentes decoró la *spina* del hipódromo de Bizancio á donde fué trasportada dicha columna del templo de Delfos; la mandíbula es una pieza arcáica de excelente trabajo.

También resalta en primera línea una *patera* de plata, procedente de Lampsaca, donde fué hallada en una fosa con varias cucharas que llevaban la marca *Agios Georgios* en caracteres de la época romana. Llena el fondo un relieve que representa á Artemisa con los cuernos de Hécate, sentada de

frente en un trono de oro sostenido por colmillos de elefante; las carnes y cabellos de la figura están esmaltados de negro, la túnica es de oro, sembrada de estrellas cinceladas; tiene la mano derecha levantada y en la izquierda un arco de oro. A un lado se ve una pintada y al otro un ave de rapiña y en igual disposición perros de caza. Debajo dos hierodulos vestidos con túnicas de oro conducen respectivamente una pantera y un tigre. La composición se desarrolla dentro de una orla cuyo motivo es diferente en cada cuarto de círculo y está interrumpido con medallones que contienen cabezas. Se tiene por obra de algún artista de la Anatolia que debió inspirarse en modelos persas é indios, no solo para dicha ornamentación sino para escoger los animales simbólicos, dibujar el trono y aun la fisonomía de la diosa. Data del siglo III de J. C. El Sr. Rada en su citada obra, *Viaje á Oriente* (II, 437), describe esta patera y publica una lámina colorida de ella hecha por dibujo del señor Velazquez Bosco.

No es menos interesante una figura de *Hércules* en marcha con los ojos incrustados de una sustancia blanquecina y cuyas pupilas serían de vidrio; es una hermosa figura greco-romana, inspirada en un original de Lisipo.

Aparte de la numerosa colección de bronce pequeños que llenan las vitrinas, hay una *tabla de bronce* con una inscripción grabada, un juramento de fidelidad política prestado por los habitantes de Assos, donde se ha encontrado, á Calígula y un casco asirio ó cário, con una banda de hierro por el exterior, pieza rara descubierta en Chipre adaptada á un cráneo.

La colección cerámica ocupa dos Salas: en una están los vasos pintados y en otra las figuras de barro; los primeros no son muchos ni hay entre ellos piezas excepcionales, pero están representadas las variedades más importantes; las figuras de barro proceden de la necrópolis de Myrina, y por consiguiente, pertenecen al arte simpático del siglo III, que participa de la influencia de Praxiteles y de Lisipo, y entre sus tipos figuran las imágenes modeladas con mucha soltura y coloridas de Venus, sirenas, bacantes, géneos alados, etc., de una ligereza de movimiento encantadora. Se distingue entre otras una figura de mujer en el portal de su casa.

Hay también en este Museo una colección todavía pobre de piezas bizantinas, otra de armas de los cruzados, recogidas en la isla de Rodas, y otra más numerosa é importante de antigüedades y piezas de arte turcas, entre ellas buenos trozos de marquetería de labor geométrica y de taracea, lámparas de mezquitas, tronos de sultanes, azulejos ó placas esmaltadas, telas labradas, etc., etc. Esta colección es un Museo otomano todavía incipiente y que sin duda llegará á ser importantísimo.

La dirección del Museo prepara la publicación de un catálogo completo. De los sarcófagos hay uno redactado por M. Salomon Reinach.

MUSEO NACIONAL EN ATENAS. Este Museo, uno de los más interesantes de Europa y cuya visita es indispensable á los que deseen conocer de un modo completo la historia del arte griego, es de reciente instalación y se halla for-



mada por colecciones diversas que antes estaban separadas. Desde 1829, antes de la fundación del reino, existía un Museo Central en Egina, y en 1834, bajo el reinado de Oton, los mármoles fueron transportados á Atenas y colocados en el templo de Teseo. En la oficina de la Dirección general de antigüedades se guardaban los vasos pintados que iban pareciendo; las estatuas se conservaban junto á los monumentos antiguos, y la Sociedad arqueológica coleccionó tambien é instaló convenientemente muchos objetos. Por fin se pensó en reunir todas estas colecciones en un edificio especial y digno de ellas. Empezóse la construcción del mismo por cuenta del Estado, y en cuanto estuvo acabada un ala, el ala occidental, fué inaugurado en 1874 el Museo Nacional, antes llamado Museo Central. Acabada la obra en 1889, el Director de tan importante centro, y director de las antigüedades en Grecia, el Sr. Cawadias procedió á la instalación y clasificación de las colecciones, trabajo que terminó en 1894 y cuyo fruto aparece recogido en el *Catalogue des Musées d'Athènes (National y de l'Acropole)*, que publicó al año siguiente. El Museo Nacional está destinado á contener las antigüedades que se descubren en todo el reino, excepto las halladas en la Acrópolis, que aparecen expuestas en un Museo construído en la misma Acrópolis y que es un anejo del Museo Nacional. Componen, pues, las colecciones de éste las que existieron en el Teseo, en la Dirección de Antigüedades, en la Sociedad Arqueológica, en casa del Dr. Schliemann, etc., mas las esculturas que estuvieron agrupadas en torno de los monumentos. El edificio es de gusto clásico, como corresponde á su destino, abriéndose en su fachada dos hermosos pórticos, y el de ingreso al final de una escalinata; su planta es un gran rectángulo cerrado por cuatro crujías y dividido por otra, dejando dos patios, en torno de los cuales hay galerías pequeñas que sirven de desahogo á las veintitres que comprenden aquéllas. Las salas reciben luz de altos y rasgados ventanones laterales.

La entrada en este Museo, como en todos los de Grecia y en los recintos en que se conservan resguardados por rejas ó cancelas las ruinas y monumentos, es pública y gratuita.

En el vestíbulo del Museo, en el muro del fondo, hay una puerta en la que con excelente acuerdo se ha reproducido fielmente la llamada de los leones en la ciudadela de Micenas. Es la entrada á la sala que encierra las *antigüedades micenianas*, como si dijéramos la sala de honor, situada en el corazón del edificio, la más espaciosa y lujosamente decorada con labores geométricas pintadas de colores en el estilo semi-oriental más característico en armonía con el contenido. Pero con ser este tan primitivo no es lo que debe figurar en primer término, según el orden cronológico, sino una colección que no se espera encontrar en la Grecia, de antigüedades egipcias, colección que formó en Alejandría y luego regaló al museo en 1881 un griego de Lemnos, llamado Johanis Dimitrion. Por exótica que parezca esta colección desempeña un papel importante en el Museo de Atenas, pues la ense-

ñanza que en ella se recibe prepara para comprender los orígenes del arte griego en el que son manifiestas las influencias del egipcio.

La pieza más antigua de esta colección es una estatua de mujer desnuda, arrodillada, moliendo trigo, esculpida en madera de sicomoro, á un tamaño poco menor que el natural y en un estilo naturalista que impresiona vivamente y acusa al momento la remota fecha del imperio menfita. Por el contrario, como pieza de estilo hierático, sobresale un bronce, la estatua también de mujer, andando, con la túnica finamente incrustada de plata, que se ve en el centro de la sala. Dicho nielado ó incrustación forma una leyenda jeroglífica que contiene alabanzas á las divinidades, pero ninguna fecha. De los caracteres de la estatua se deduce que debe pertenecer á los tiempos de la dinastía XXV ó á la XXVI, siglo VIII al VI antes de J. C.

El resto de la colección egipcia se compone de numerosas figuritas de bronce, de divinidades, entre ellos un Osiris, incrustado de oro, de animales sagrados, etc., expuestos en armarios que cubren los muros, y joyas, dijes, escarabajos y objetos diversos en vitrinas. No faltan pinturas en tabla, á la encáustica y en lienzo de arte greco-romano, que son retratos de difuntos. Hay además una cabeza de Zeus-Amón greco-egipcio y una estatua de mármol que representa á un hombre en traje egipcio con diadema real, que se descubrió en Maratón, por lo que se sospecha que procede de la villa de Herodes Atico, y de todos modos es obra romana. En salas contiguas pequeñas hay momias y piezas diversas egipcias.

La sala miceniana encierra una colección excepcional, espléndida, única, la más interesante de cuantas constituyen el Museo. Cuando se entra en la sala y se ven aquellas vitrinas llenas de artísticas piezas de oro (por valor de 100.000 francos), caretas fúnebres, brazaletes, placas labradas, etc., etc., que desenterró Schliemann en las tumbas de Micenas, el visitante experimenta una impresión vivísima, no comparable á ninguna otra, por lo mismo que aquellas antigüedades se ofrecen tan extrañas y valiosas. Forman ellas el núcleo principal y con las de Tirinto todo lo descubierto por Schliemann, á lo que se añade: lo descubierto en el monte Palamidi, cerca de Nauplí y en la tumba de cúpula de Menidi, cerca de la antigua Acarnea por el Instituto alemán; las antigüedades descubiertas en la llanura de Argos, en el mismo monte Palamidi, en Vafio (Laconia), en Spata (al E. del monte Himeto) y en Thoricos (Atica), por la Sociedad Arqueológica de Atenas; los objetos encontrados en tumbas de Salamina por la Dirección de Antigüedades y otros hallazgos de Dimini (Tesalia), Daulis, etc.

Después de lo expuesto anteriormente respecto al carácter, fecha, etc., del pueblo que produjo estos objetos, que es el mismo que levantó las acrópolis denominadas «ciclópeas» por la rusticidad de su aparejo, excusamos precisar dichos extremos, y sólo debemos añadir que en las cuantiosas colecciones á que ahora nos referimos resaltan de una parte los rasgos ingenuos y verdaderamente infantiles de los rudimentos y trabajosos pasos del

arte, y de otra parte las señales indubitables de la influencia oriental. Respecto de este punto conviene tener en cuenta ciertos hechos históricos que recuerda oportunamente en su Catálogo el Sr. Cawadias cuando dice que el arte oriental no tardó en penetrar en Grecia por dos caminos: directamente por la emigración de diversos pueblos del Asia é indirectamente por las relaciones comerciales de los fenicios que introdujeron en Grecia los productos artísticos del Asia y del Egipto. Insistiendo en señalar la importancia de los indicados descubrimientos, «los más grandes de nuestro siglo, dice, pues nos revelan de una manera positiva el arte y la civilización de la Grecia primitiva», añade: «Los habitantes indígenas de la Grecia no podían desenvolver solos ese arte miceniano. El oro, el marfil, el ámbar y el alabastro no provienen del suelo de la Grecia; todas estas materias fueron importadas de Oriente. Por otra parte, la influencia oriental es evidente en la ornamentación de la mayoría de los objetos. Es, pues, de la parte del Oriente por donde es menester buscar el origen de este arte. Los griegos mismos atribuían el origen de su civilización al Oriente. Creían que Danao había venido de Egipto á la Argólida; que los ciclopes habían venido de la Licia á la llanura de Argólida, que Pelops había venido de Frigia al Peloponeso, etc.»

Indica la interpretación racional que debe darse á lo de las invasiones de pueblos orientales y señala después el hecho comprobado de haber sido importados á Grecia como artículos de comercio objetos de arte asiático y egipcio, elementos que contribuyeron á la formación del arte miceniano que cultivado por espacio de siglos, se difundió por otras partes de la Grecia.

Hace notar que la mayoría de los objetos descubiertos en las tumbas micenianas no tienen caracteres de haberse usado, de modo que sólo servían para adorno de los muertos. El oro, la plata y el cobre fueron repujados á martillo. Sólo están fundidos los objetos de bronce. El hierro es raro entre los productos micenianos.

Por último, la característica del arte miceniano es la ornamentación, como es lógico en un arte de origen oriental. Sus motivos: 1.º, adornos geométricos, á saber: líneas onduladas, espirales volutas y otras combinaciones análogas; 2.º, hojas y flores, sobre todo de plantas acuáticas; 3.º, animales marinos; 4.º, insectos, como mariposas y saltamontes, interpretados de un modo convencional; 5.º, animales, y por fin figuras humanas. En todo esto se encierran los tres estilos que cree descubrir Collignon: 1.º, estilo oriental, ó sea importado por los fenicios; 2.º, lineal y geométrico, cuyo origen se ha pretendido que estaba en Frigia ó en Lidia y cuyos gérmenes se descubren evidentemente en Troya, y 3.º, estilo *floral* y *marino* cuyo origen se desconoce, pensándose que debió venir de la Argólida. El estilo geométrico «metálico» que le llama Collignon por lo que predomina en las joyas, tiene por carácter propio el no reproducir la figura humana. Como observa Perrot

«es puramente decorativo, no expresivo»; pudiendo concluirse que los objetos en que se observa la representación del hombre ó de los animales de grandes razas son de fábrica ó de imitación extraña.

Advierte con razón el Sr. Cawadias que no todos los objetos expuestos en la sala miceniana deben ser considerados como obras de arte indígena, sino que fueron importados á Grecia como artículos de comercio. Y aquí viene bien recordar el papel que con estas importaciones desempeñan los fenicios en la historia del arte.

Las numerosas vitrinas alineadas en el centro de aquella vasta sala contienen todas, ménos la de enmedio, los objetos descubiertos por Schliemann en Micenas, en las tumbas que el explorador, llevado de su entusiasmo, tomó por del rey Agamenon, de su cochero Eurimedon, de Casandra y de otras víctimas inmoladas, por Egisto y Clitemnestra. Sin ir tan lejos, todo lo que de positivo puede decirse, es que aquellos cadáveres literalmente cubiertos de oro, eran de una misma familia real. Seis fueron las tumbas y por el orden de ellas aparecen expuestos en 55 vitrinas los objetos extraídos, lo que permite al observador reconstruir los hallazgos con toda exactitud. La VI tumba es la única que no fué descubierta por Schliemann sino por el griego Stamatakis, y el contenido de ella, ó sea su reconstrucción con los dos cadáveres hallados, es lo que ocupa la vitrina central.

Predominan con gran abundancia en la colección á que nos referimos las piezas de orfebrería, que justifican el calificativo dado por Homero á Micenas de «ciudad donde el oro abunda». Dichas piezas son de dos clases: objetos preciosos y por lo común de uso personal, como son las copas con asas y adornos indumentarios, siquiera pertenezcan al atavío fúnebre, consistentes en caretas hechas á martillo sobre un molde probablemente de madera, diademas, brazaletes y numerosos discos para aplicarlos al vestido. De la tumba tercera que contenía tres cuerpos de mujer y uno de niño, hay expuestos más de 700 discos con adornos geométricos, etc., repujados. Los cadáveres de mujeres estaban con el rostro descubierto; los de hombre tenían en efecto caretas, costumbre practicada por los egipcios desde la dinastía XVIII y por asirios y fenicios, según justifican diversos hallazgos. Las caretas micenianas tienen barba y los ojos cerrados. No menos notables son los puñales ó espadas cortas, de hoja ancha, de bronce, con figuras representando cacerías ó animales corriendo, de oro y de plata incrustadas, y que se ha dudado si eran de origen egipcio, pareciendo más verosímil que procedan de talleres de Sidon, esto es que sean obra fenicia. Añádense numerosas piezas, pendientes, sortijas con delicados entalles, una coraza ó peto, todo esto de oro, marmitas y grandes vasos de cobre y de barro, algunos restos de los cadáveres, como el hueso de un brazo todavía rodeado por una cinta de oro, puntas de flecha de obsidiana, etc., etc. No pasaremos en silencio la conocida cabeza de vaca, de plata, con los cuernos de oro, repujada con suma delicadeza, revelando que los micenianos eran excelentes

animalistas, que sentían el natural y sabían expresar sus caracteres con fidelidad concienzuda.

En cambio, las estelas de que ya hemos hablado, de la necrópolis micénica, expuestas en un muro de la sala, revelan la rusticidad del trabajo de los escultores al lado del de los plateros.

En todas las demás vitrinas, sobre todo en las adosadas á los muros, se desarrollan separadamente las colecciones de objetos de diversas procedencias cuyos nombres geográficos trazados en caracteres griegos dorados atraen al observador. De Tirinto se ven entre objetos de diversas épocas muchos coetáneos á los de Micenas, distinguiéndose las figuras de barro y de bronce, los vasos pintados, el interesante resto de pintura mural del palacio, con el hombre y el toro, el trozo de friso de alabastro con las aplicaciones de pasta vítrea azul. De las tumbas de Vafio en Laconia, exploradas por Tsundas, proceden varios entalles, joyas y armas de oro, plata y bronce, espejos, y dos copas de oro que están expuestas á parte y separadamente como dos joyas artísticas de la sala micénica. Estas dos copas son admirables por la valentía y el acierto con que están desarrolladas las composiciones que respectivamente las decoran, consistentes en escenas de la caza con lazo de toros bravos. Las figuras están repujadas, y es de notar en ellas la inferioridad de la figura humana respecto de las de animal, contraste que se ofrece como característica del arte micénico y que es otra prueba de su origen oriental.

De la tumba de Mnidi hay sobre todo vidrios y marfiles con figuras grabadas, poco posteriores á los objetos de las tumbas de Micenas. De Spata abundan también los marfiles y pendientes, brazaletes y cuentas de collar de pasta vítrea. Dichos marfiles que son los mejores de cuantos hay en la sala, consisten en cabezas de hombre con mitra cónica; y no menos curiosos son unos peines con esfinjes de relieve y otras placas con adornos diversos. De Thoricos (en Atica) hay fragmentos de vasos pintados y otros objetos desenterrados en una tumba de cúpula y en ruinas de casas primitivas. De la necrópolis descubierta por Cawadias en la isla de Salamina hay piezas cerámicas muy ordinarias y objetos de oro y bronce correspondientes á la época de transición entre la micénica y la homérica. Y por último, termina la colección con los objetos hallados en las tumbas abiertas en la roca del monte Palamidi, cerca de Nauplia, y en la tumba de cúpula de Dimini, en Tesalia, contemporáneas unas y otra á las de la ciudad baja en Micenas y las de Spata.

Contiguas á la sala micénica hay otras pequeñas en donde se ven más estelas y fragmentos arquitectónicos (columnas y capiteles) de Micenas.

Las dos grandes salas indicadas, la egipcia y la micénica, forman como ya hemos dicho el corazón del edificio y aisladas por los patios laterales están sus tesoros en completa seguridad. En torno de ellas, ó sea en las cuatro crujías exteriores del edificio, se desarrollan en 21 salas sucesivas las so-

berbias colecciones del arte griego propiamente dicho, distribuidas en cuatro series ó grupos: mármoles, vasos pintados, figuras de barro y bronce.

Nada menos que 14 salas ocupan los mármoles, en las que hay dos colecciones como no las tiene ningun Museo de Europa y de piezas irremplazables en la Historia de la Escultura: las obras arcaicas y los relieves funerarios.

La sala III, ó sea la primera de Escultura, es de sumo interés, pues encierra las obras arcaicas, desde las más antiguas, ó sea del tiempo en que comienza la era de las olimpiadas (en 776 antes de J. C.), hasta los primeros años del siglo V antes de la era Cristiana. No hay, en efecto, escultura griega más antigua que el ídolo, probablemente de Artemisa, allí señalado con el núm. 1 y procedente de la isla de Délos; su forma es la del xoanon ó ídolo de madera, ídolos primeramente venerados en Grecia y á los que se atribuían origen sobrenatural, es decir, que se creía habían caído del cielo. Esta estatua es la copia del xoanon en mármol, se tiene por del siglo VII antes de J. C. y lleva una inscripción por la que sabemos que fué consagrada á Artemisa por Nicandra, hija del naxiano Deinodikos. No es esta la única estatua arcaica descubierta en Délos; hay otras, todas de mujer, entre ellas la que parece representar á Nike (la Victoria), interesantísima porque difiere de las restantes en lo movido de su actitud, pues aunque se halla incompleta apréciase claramente que está volando, con los brazos separados del cuerpo, abiertos y doblados, las piernas también separadas y dobladas, todo lo cual en el trabajo del mármol es una novedad tan grande después de la Artemisa, rígida, como un pilar con tímidas indicaciones de brazos pegados al tronco, que deja adivinar, más que una evolución del arte, un súbito adelanto, un atrevimiento audaz del escultor Arquermos de Chíos, cuyo nombre se lee en la base y que debió copiar la imagen de relieves ó pinturas.

Junto al grupo deliano sobresalen otros y obras sueltas de sumo interés. Entre éstas se distingue por su carácter primitivo una estatua procedente de la Arcadia: representa una mujer sentada y recuerda á la vez las estatuas caldeas y las de los branquidas, halladas en Mileto (Asia Menor), y existentes en el Museo Británico, que corresponden al mismo estilo y época.

Después debe colocarse el grupo de los Apolos: esas estatuas, varoniles, de tipo egipcio, pero completamente desnudas, licencia que no se permitió el Egipto, y con marcados rasgos del vigor atlético. Representen al dios de la luz, en cuyos santuarios se han hallado algunas, ó sean retratos de atletas, es lo cierto que en la Historia del Arte son las obras naturalistas más antiguas, para las que se buscaron directamente los modelos en el desnudo varonil. Datan del siglo VI, y según el grado de ligero adelanto que permite establecer la progresión, esta es como sigue, mencionando las estatuas por sus procedencias respectivas: Apolo de Thera (Santorin), de Orcomene (en Beocia), del santuario de Apolo Ptoos (en Beocia), de

Melos, de Keratia (en Ática); total ocho piezas, de las cuales dos estatuas y dos cabezas proceden del dicho santuario de Apolo Ptoos.

En la misma sala se ven algunas estatuas arcaicas de mujer, vestidas de túnica, procedentes de Eleusis y de otros puntos, del mismo tipo que las encontradas en la Acrópolis de Atenas, de las que nos ocuparemos más adelante.

Notable y muy semejante á la Victoria deliana es una esfinge del siglo VI que fué descubierta en Spata (Ática).

No faltan otras estatuas de diversas procedencias, nuevas muestras de los dificultosos pasos del arte arcaico, cuyo estudio puede seguirse también en otro género de obras que merece atención especial. Nos referimos á los relieves, todos ellos de poquísimo resalto, á la manera oriental, las figuras grabadas más que esculpidas en un plano paralelo al fondo. Los principales relieves son estelas funerarias, entre la que descuella por su importancia la llamada del *soldado de Maratón*, cuya fiel reproducción trajo el Sr. Rada á nuestro Museo Arqueológico Nacional, donde se conserva. Es una obra anterior á la batalla de Maratón; data de mediados del siglo VI, denotando el perfeccionamiento á que había llegado la escultura ática y la aplicación de la policromía al relieve; el guerrero representado es Aristion, el escultor Aristocles, y fué descubierta en Velanideza (Ática), como otra estela de Lyseas igualmente pintada, que se ve inmediata. Respecto de la figura del soldado, se piensa que debió ser un tipo empleado á modo de fórmula en la escultura funeraria del siglo VI. Otra estela con esa figura ha descubierto la Escuela Americana de Atenas en Icaria (Ática).

Por último, completan la colección: una estatua de Apolo que fué descubierta en Atenas mismo, en el teatro de Baco, y que denota un adelanto artístico muy grande, por lo que se la considera como obra poco anterior á Fidias, de la primera mitad del siglo V, original ó copia de una estatua en bronce de Apolo Alexikakos hecha por Calamis; el coronamiento del altar de que habla Tucídides, consagrado á Apolo por Pisistrato, según indica la inscripción que lleva grabada en uno de sus lados, y varias figuras arcaicas, es decir, imitadas de las arcaicas.

La sala siguiente, llamada de Minerva, contiene varias esculturas de la buena época ó época clásica del arte griego, es decir, de los siglos V y IV antes de J. C. Comienza la serie con el famoso bajo-relieve de Eleusis, del que posee nuestro Museo Arqueológico Nacional una buena reproducción que trajo el Sr. Rada. En la cronología artística debe colocarse después el *vaso Finlay*, hallado en Atenas y decorado con un relieve que representa á Minerva y Marsyas, imitación de un bronce del escultor Myrón que hubo en la Acrópolis. Vienen después las dos estatuas de Minerva que dan nombre á la sala, ambas copias en mármol de la estatua criselefantina de la Minerva Partenos de Fidias: es una la descubierta en el Pnyx (lugar donde se reunía la Asamblea del pueblo de Atenas) y llamada *Palas Lenormant*

(Charles), por haber sido éste quien reconoció su filiación artística en 1859; y otra la descubierta en 1880, también en la ciudad, en la plaza del Varvakeion, y que corresponde á la época romana. Como obras de fines del siglo V son de citar las acroteras de un templo de Délos que representan respectivamente á la Aurora arrebatando á Céfalo, Boreo arrebatando á Oritia y la Victoria. Las obras escultóricas del siglo IV comienzan con los mármoles descubiertos por Cawadias en el santuario de Esculapio en Epidauro, que fueron esculpidas en la primera mitad de dicha centuria por modelos que hizo el ateniense Timoteos; representa Centauros, Amazonas, Nereidas y Victorias. Al mismo grupo de mármoles pertenece un capitel corintio que con razón se tiene por obra maestra, procedente de un edificio circular (la *Tholos*), que construyó en dicho punto Policleto el joven. Por otra parte, son de citar una cabeza de mujer procedente del teatro de Herodes Ático (en Atenas), dos de hombre y una de jabalí, descubiertas en el templo de Atenea Alea en Tegea de Arcadia, y otra cabeza colosal de un joven, que parece ser de una imagen de Euboleo, el Plutón de Eleusis, donde fué hallada, y atribuída á Praxiteles. También es interesante una figura de Plutón niño hallada en el Pireo y que formó grupo con Eirena, grupo copiado del de Cefisodoto el antiguo, que estuvo en el Agora de Atenas y del cual existe otra copia en la Gliptoteca de Munic.

La sala siguiente contiene también obras escultóricas de los siglos V y IV. Las mejores entre las primeras son las descubiertas en Eleusis, que reproducen los frontones del Partenón y los fragmentos de los alto-relieves que decoraban el pedestal de la estatua de Nemesis, en Ramnonte, atribuídos á Fidias ó á Anaxagoras. Las obras del siglo IV comienzan con las que se atribuyen á Praxiteles. Por una parte tenemos los bajo-relieves de asuntos de la fábula de Apolo y Marsias, descubiertos en Mantinea en 1887, por M. Fougères, en las excavaciones practicadas por la Escuela Francesa; por otra parte, la obra capital que da nombre á la sala: el Hérmes, estatua descubierta en Andros en 1833, y que acaso representa mejor que al dios, á la muerte en figura de héroe, pues se halló cerca de una tumba de mujer, en cuyo monumento debió servir de adorno. La semejanza de esta estatua con el Hérmes de Praxiteles ha sido causa de que se atribuya á este escultor, pero sólo debe considerarse como de su escuela, lo mismo que los relieves. Son de citar además un *altar de los doce dioses* que fué descubierta en 1877 en el Cerámico interior en Atenas; una serie interesante de fragmentos de estatuas colosales procedentes de Licosura, en Arcadia; uno de ellos curiosísimo, porque es un trozo de vestidura labrada, con lindas figuras de Victorias y Nereidas; y las esculturas, especialmente una bellísima cabeza de Hera, halladas en el *Heræon* de Argos por la Escuela Americana.

Después de tan preciosa sala debe visitarse la denominada de *Témis* por la estatua colosal de esta divinidad, obra importante del escultor Chœrestatos (de fines del siglo IV y principio del III), descubierta en Ramnonte

(Ática); á sus lados se ven unos sillones (*cathedra*) del templo de Némesis en dicho punto, y en frente dos bonitas estatuas de bailarinas bastante movidas, que provienen del teatro de Baco, en Atenas.



ESTÁTUA DE HÉRMES, hallada en Andros. Obra griega del siglo IV.
—Museo Nacional de Atenas.

Hállase á continuación la sala de Poseidon, en la que se han reunido obras de las épocas alejandrina y romana. La estatua del dios es colosal y

proviene de Milo. Entre los muchos mármoles allí expuestos sobresalen tres Hérmenes procedentes de Atalanti, Andros y Ægion, que parecen copias de una obra anterior á la escuela de Lisipo, más el Hermes de Trecena, copia de una obra del siglo IV; una estatua de Afrodita, de Epidauro; un guerrero de Délos; un sátiro, de Lamia; el Asclepios, de Epidauro; un torso de Nike, de Atenas; una Ménade dormida de igual procedencia y retratos en busto de Demóstenes, Hermarchos, discípulo de Epicuro, y Lucio Vero.

Sala de los *Cosmetas* se denomina la siguiente, porque contiene los bustos de estos magistrados, jefes de la efebía ó juventud ateniense. Pero estos bustos, aunque descubiertos en el Diogenion de Atenas, son todos de la época romana, del siglo I al III de J. C. Con ellos hay un busto de Adriano, encontrado en el teatro de Baco, y otro de Antinoos procedente de Patras; además estatuas de divinidades y en el centro un mosaico descubierto en el Pireo.

De esta sala se pasa á la primera y mayor de las ocho que ocupa la numerosa colección de bajo-relieves funerarios, única en su género. Quinientos son los monumentos expuestos, la mayoría procedentes del Ática, y todos correspondientes al arte clásico, pues las estelas arcaicas ya hemos visto que figuran en la sala correspondiente. Pero debemos advertir que las dichas estelas clásicas, cuya mayor parte data del siglo IV antes de J. C., no son propiamente, salvo algunas excepciones, obras de mérito artístico, sino productos de la escultura industrial que en el mundo antiguo produjo muchísimos *exvotos* y que en Atenas alcanzó importancia, como lo demuestran, además de cierto número de estelas del Museo, las que se conservan aún en los sitios en que fueron erigidas en el cementerio del Cerámico.

Todas las estelas griegas afectan la misma forma de edículo con su frontón y sus dos pilastras, dentro del cual está el relieve ó cuando carecía de éste, la forma de pilar coronado por una acrotera. El asunto de los relieves es siempre el mismo: el adios que la familia da al difunto, lo que sirve de pretexto para representar alguna escena de la vida corriente. Por las razones expuestas se nos excusará de mencionar en particular las piezas más notables. Sólo diremos que á las estelas griegas se unen los vasos funerarios, *lekitos*, de mármol, algunos colosales, y en su mayoría con relieves figurativos, que en muchas tumbas griegas sustituyen á las estelas; los sarcófagos, algunos con relieves inspirados en el arte oriental y los relieves votivos, que unas veces son *exvotos* á las divinidades, otras veces representan banquetes fúnebres y otras ofrendas al muerto convertido en héroe.

La colección de vasos pintados que sigue á la de Escultura es también excepcional por contarse en ella series enteras y piezas raras que no se hallan en los museos de Occidente. A diferencia de las colecciones de éstos, en que abundan las piezas italo-griegas, la del Museo de Atenas tiene el

valor singularísimo de que todas sus piezas proceden de la Grecia propia. Toda un ala del edificio, tres salas, ocupa tan rica colección. La prime-



ESTELA FUNERARIA: EL POSTRER ADIOS.—Monumento del siglo IV, hallado en Atenas. Museo Nacional de Atenas.

ra sala contiene los vasos primitivos, los de estilo oriental y los de figuras negras; la sala segunda, que es la menor, contiene los vasos con figuras rojas

y la tercera algunos de éstos, los *lekitos* blancos, lámparas y vasos diversos.

Lo primero que sorprende al visitante es la abundancia de los vasos primitivos y más aún el tamaño de algunas piezas. La serie comprende varios grupos, de los cuales el primero es el de los vasos que propiamente se denominan de «estilo primitivo» y que comienza con algunos vasos de la Troade, donados por la viuda de Schliemann; son vasos de manufactura tosca, poco torneados y eso imperfectamente, sin pinturas, sólo con líneas sinuosas hechas por la presión de los dedos. El segundo paso en el arte del alfarero, lo representan allí los vasos de la isla de Thera (Santorin), casi todos hechos á torno, y unos teñidos por inmersión en un baño de color, otros decorados con labores de líneas rectas, volutas, curvas ó lazos, y motivos tomados directamente de la fauna y de la flora del país. Los vasos de Thera son poco posteriores á los de la Troade, y como observa Cawadias, corresponden á una época de transición entre éstos y los de estilo miceniano. Coetáneos y del mismo género son los vasos de Amorgos, de formas peregrinas y de labores incisas, y otros también del Archipiélago, de Creta y Sira; pero éstos, juntamente con piezas halladas en el continente, figuran en el armario se-



PITHOS, vaso griego de estilo oriental, hallado en Tébas (Beocia).
Museo Nacional de Atenas.

gundo que es el destinado á los vasos de estilo miceniano. No figuran allí estas piezas más que para completar la historia de la cerámica griega, que como es sabido, constituye hoy una especialidad de la ciencia. El armario

tercero está ocupado por vasos chipriotas, cuya analogía con los de la Troade y con los micenianos es patente. Expuesto á parte, en el medio de la sala, aparece un vaso enorme, un gran *pithos* (n.º 1.160), hallado en Creta.

A los vasos de estilo primitivo siguen cronológicamente los de «estilo geométrico», á cuya fabricación se da por fecha un período que comprende desde el siglo XI hasta el VII antes de J. C., y cuya decoración lineal, tiénenla unos por característica de los productos de todos los pueblos del Norte, de la raza aria, y por el contrario, helenistas como Cawadías, creen descubrir los orígenes en vasos de las islas del Archipiélago y en los de estilo miceniano. Con efecto, los vasos de estilo geométrico, procedentes de las islas, parecen más antiguos que los de Atenas, los llamados vasos del Dipylon, que abundan en la colección. Dichas labores están trazadas con color pardo, rojizo ó negro, sobre el fondo del color mismo de la arcilla, y consisten en combinaciones lineales, meandros, círculos, la *swastica* repetida, y entre estos motivos suelen aparecer intercalados aves, caballos, antílopes, etc. En los vasos atenienses se ven figuras humanas, escenas fúnebres ó bélicas. Estas figuras son de un arte muy primitivo, siluetas de formas geométricas. Los vasos atenienses fueron hallados en 1891 en el cerámico exterior, en tres cementerios superpuestos; las piezas pequeñas estaban dentro de las sepulturas; las grandes, que son las piezas capitales de la colección, estaban sobre las tumbas, como luego los vasos de mármol y las estelas. Las más recientes de dichas piezas geométricas datan del siglo VII antes de J. C. Entre los grandes, algunos tienen figuras.

El grupo de los vasos de «estilo asiático» nos descubren al lado de la ornamentación geométrica figuras que denotan la influencia oriental que parece se dejó sentir desde el siglo VIII antes de J. C. Las mejores piezas son los grandes vasos expuestos en el centro de la sala, que fueron descubiertos en la isla de Milo; en dos de ellos se ven aparecer por vez primera las imágenes de los dioses griegos: Hermes y Hércules en un vaso (n.º 354), Apolo y Artemisa en otro (911). Ninguna de estas piezas es posterior al siglo VII.

Al mismo grupo corresponden los vasos corintios cuya manufactura duró desde el siglo VII hasta el V y aún el IV. El comercio hizo activa importación de estos vasos á Grecia y más aún á Italia, de donde procede la colección del Louvre, que sin duda es más importante que la de Atenas. En España, en Ampurias, se han descubierto últimamente en sepulturas algunos vasitos corintios, y nuestro Museo Arqueológico Nacional posee una pequeña colección de ellos. La colección «primitiva» de Atenas termina con el grupo de vasos beocios, que se distinguen por sus motivos orientales.

Debe mencionarse aparte una pieza muy rara, un gran *pithos* (353) hallado en Tébas, y en el cual no es lo notable el tamaño, con ser excepcional, sino la decoración, de relieve, estampada, dispuesta en tres zonas, dos en la panza, de cuadrúpedos, á la oriental, y otra en el cuello, de una figu-

ra femenil de frente y con los brazos levantados, entre dos pequeñas, y dos leones afrontados. En esta escena ha creído reconocerse á la Artemisa Ilitya, dando á luz en pié asistida por dos Génios.

En suma, la colección «primitiva» de Atenas, acaso la más interesante de todas para el estudio, supera á las de Occidente en la variedad de procedencias y en el tamaño de metro y medio á dos metros de algunos vasos, de formas sencillas y alargadas, que sirvieron como elemento monumental y conmemorativo sobre las tumbas.

No es tan numerosa la serie de vasos con figuras negras, que como se sabe son las que propiamente representan el arcaísmo del arte griego. A la abundancia suple la bondad de muchas piezas. El primer grupo es el de los *lektyos* del llamado «estilo ático antiguo», encontrados con otros objetos (que junto á ellos se ven expuestos) en el *túmulus de Maratón*, el cual encerraba los restos de las atenienses que murieron con Milciades en la memorable batalla allí librada. Todos estos vasos son pequeños, y entre ellos hay un *cylix*, el cual prueba que los vasos con figuras rojas se fabricaban ya antes de las guerras médicas. Separados por procedencias aparecen en las vitrinas siguientes los vasos de Atenas, Tanagra, Eretria, Corinto, Egina, Megara, Calcis y Rodas; entre los primeros sobresalen las ánforas panatenaicas. La mayor y mejor parte de los vasos con figuras rojas, se hallan en la sala segunda, la mas pequeña de las destinadas á la cerámica. Están representadas en la serie todas las procedencias griegas importantes, sobre todo Atenas, que en los siglos V y IV, la mejor época de la cerámica, se distinguió notablemente por lo fino de la manufactura y lo artístico de las pinturas. Ya se comprenderá que como vasos de la buena época, son los de esta serie muy bellos; pero en contra de lo que podía esperarse, no abundan las piezas de primer orden; esas piezas de gran pureza de dibujo, y firmadas, como las que enriquecen otras colecciones. Hay una copa que se cuenta entre las mejores obras del Alfarero Fíntias, con una figura de guerrero. Es de notar por otra parte, que á diferencia de los vasos de otras colecciones, en ésta son menos frecuentes, especialmente en los vasos atenienses, los asuntos mitológicos en las pinturas; por el contrario abundan las escenas de la vida, sobre todo de la vida femenil, episodios amorosos, el baño, el tocador, etc. Como pieza notable, debe citarse el *vaso de Safo*, un *Kalpis* con la figura de esta célebre poetisa sentada en una silla, rodeada de tres muchachas y con una hoja manuscrita en que se lee esta invocación poética: «Dioses, quiero comenzar nuevamente cantos alados». También se distingue un ánfora en que el asunto es el cortejo nupcial; precede á los desposados un Eros flautista y los rostros de aquéllos son muy expresivos. Este vaso es de los que en Atenas se acostumbraba á colocar sobre las tumbas de personas solteras, y también de los que se empleaban para contener el agua destinada al baño de la novia. En una serie de vasos pequeños se ven representados juegos de la infancia.

Hay varios ejemplares de Atenas ó de otros puntos del Ática interesantes por ser sus pinturas policromas y llevar algunas partes doradas. Por ejemplo, un lekito de asunto nupcial con adornos dorados; otro vaso de asunto de tocador, con las carnes de las mujeres y los amores pintadas de blanco y las alas de éstos y los vestidos de azul.

En la sala siguiente concluye la serie de los vasos con figuras rojas, figurando en ella una hermosa copa con una escena de baño, firmada por Panfæos; otra copa con pinturas de estilo severo, cuyos asuntos son Hércules y Anteo, Teseo y Procasto; varios vasos de Beocia, especialmente de Tanagra, que fué como Atenas gran centro productor de vasos pintados, y otros de Eretria, en Eubea, que por hallarse entre aquellas ciudades tuvo también manufacturas importantes.

La riqueza principal de esta sala y de la colección cerámica del Museo de Atenas, la constituyen los *lekytos blancos*, productos casi exclusivamente áticos, pues apenas se han hallado ejemplares fuera del Ática, en Sicilia, Crimea, Rodas, Tanagra, Egina, Salamina y Corinto. Por el contrario, se hallaron en tal abundancia en Eretria, y por cierto de fondo amarillento, que cabe pensar si allí también se fabricaron como en Atenas, en cuyo caso fueron dos los centros productores. Ático, más ó menos puro, es el estilo de sus pinturas. Aparecieron en los últimos años del siglo V y no debió cesar su fabricación hasta mediados del siglo III de J. C. Como es sabido, son vasos funerarios; aquellos á que se refiere Aristófanes cuando habla de un alfarero que «pinta lekytos para los muertos»; en tumbas se han hallado todos. A su destino responden sus pinturas que representan la exposición del muerto, su entierro, su bajada á los infiernos ó las ofrendas de los vivos ante la sepultura.

Esta bellísima colección no puede compararse ni por el número de piezas que llenan varios armarios, ni por la conservación de los mismos que es excelente, con las reducidas series que de estos vasos de fabricación especial guardan los Museos de Occidente. Sólo en nuestra modesta colección de Madrid, entre los ventiu *lekytos blancos* que por donación del Sr. Serpieri trajo el Sr. Rada, hay uno que no tiene par en el Museo de Atenas ni en los demás Museos, por lo que hemos visto ó sabemos. Es un vaso de 0,90 de altura, tamaño excepcional, pues los *lekytos blancos* miden 0,12 á 0,20 por lo general y pocos 0,40 á 0,50; y lo que es más importante, sus pinturas están hechas á claro-oscuro.

Completan la colección cerámica de Atenas, vasos en forma de figuras humanas ó de animales, vasos con relieves y copas y vasos megarianos con acanalados y adornos de relieve, pintados de blanco. Llenan las vitrinas restantes copas y objetos diversos hallados en tumbas, sobre todo en las del cerámico exterior, y algunas de las mismas sepulturas con los esqueletos, y en torno de éstos los vasos en la disposición misma en que se encontraron al descubrir aquéllas.

A las tres salas de vasos siguen otras tres de figuras de barro, cuya numerosa colección, si no se distingue por la abundancia de piezas de gran valor artístico, es en cambio interesantísima por lo completa; esto es, porque se compone de figuras halladas en todas las localidades de la Grecia y por la excelente conservación de las piezas. Pocas de éstas son arcáicas. Antes deben colocarse los simulacros de Minerva, reproducciones populares del ídolo de la diosa, que abundan hasta el exceso en la sala Miceniana. Las figuras arcáicas siempre representan divinidades. Luego vienen los tipos de *género*, sobre todo las lindas figuras de mujer, tan abundantes, cuya mejor época de fabricación comprende los siglos IV y III antes de J. C. En general, la variedad de tipos permite hacer un estudio acabado de este género de antigüedades, hoy tan de moda entre los aficionados. Tres son las procedencias más importantes: el Ática, Beocia y Asia Menor. La mayor parte de las figuras del Ática son las recogidas de las tumbas del Cerámico, en Atenas; la mayoría de las de Beocia son las exhumadas de la necrópolis de Tanagra, y otras de Tebas y de Tisbea; las figuras de Asia Menor, son, sobre todo, de Myrina. También hay buen número de piezas de la Arcadia. En la primera sala abundan las *tanagras*: por un lado ídolos arcáicos, caballos y caballeros; por otro lado las mujeres sentadas con su espejo, en pié, envueltas en su manto, etc., efebos y niños, representados en distintos actos de la vida. Pero entre estas figuras del siglo IV y las arcáicas, deben colocarse cronológicamente las figuras primitivas y arcáicas de los demás puntos de Beocia y de Haghios Sostis en la Arcadia. De la buena época las hay de Corinto. Entre las *tanagras* se ven muchas muñecas, esto es, figuras articuladas.

En la sala siguiente hay algunas *tanagras* más y figuras de la Lócrida, de Atenas, Eleusis y otros lugares del Ática, de Egina, Cálcis, Milo, Micenas, Amorgos, Megara, Chipre, Cirena, Creta y hasta de Italia. En un armario se ven las figuras halladas en el santuario de los Cabiros en Beocia, cerca de Tebas, en las excavaciones practicadas por el Instituto alemán.

La tercera sala de las figuras de barro encierra las de Asia Menor, que en su mayoría datan del siglo III y de las épocas siguientes, esto es, del tiempo en que imperó el arte helenístico. Son figuras más movidas que las de Tanagra, menos severas que éstas y de un realismo elegante y gracioso. Predominan en la colección los Amores y genios alados, algunos bastante grandes, muy esbeltos y delicados; hay además imágenes de Venus, Apolo, las Musas y tipos diversos de la vida real; mujeres, menestrales, actores, caricaturas, etc.

La serie de las salas helénicas termina con la de bronce, cuya preciosa colección está formada por dos fondos importantes; uno, el que poseía la Sociedad Arqueológica de Atenas, y otro, las piezas desenterradas en Olimpia; aquéllos halláanse descritos y reproducidos en el *Catalogue* de M. Ridder, de 1894. La pieza más antigua debe ser una placa con relieves en los que figura la Artemisa pérsica, procedente de Olimpia. Las mejores piezas hallan-

se expuestas en el centro de la sala. Tales son: de Olimpia, la conocida cabeza arcáica de Zeus y la de atleta, barbado, con los labios y las orejas deformadas por los golpes, correspondiente al final del siglo IV ó al III; y de la Acrópolis de Atenas, una cabeza de guerrero, del siglo VI, una estatuita de la Atenea Promacos, otra figura del mismo tipo hecha de dos láminas de bronce dorado y grabado, y una estatuita de hombre, del tipo bien conocido de los Apolos, del siglo V. De igual tipo y fecha es otra estatuita procedente del Peloponeso. Además hay un Fauno bailarín del tipo tan conocido de Pompeya; fué traído de Alejandría por el coleccionista Dimitriu. En los armarios hay numerosas imágenes de las divinidades, centauros, grifos, animales fantásticos y reales, figuras de guerreros, etc. Son muy notables los bronce de la Acrópolis de Atenas, entre los que abundan las figuras de animales, y los recogidos por la Escuela Francesa en el santuario de Apolo Ptoos en Dodona. Entre los bronce atenienses se distinguen una serie de figuras de mujer que sirvieron de piés de espejos. Estos forman una de las series más curiosas de la sala. La mayoría de ellos proceden de Eretria y Corinto, y los hay de dos clases: con mango, como los etruscos, adornados con grabados ó con relieves y en forma de caja. Algunos de estos relieves son de muy buen arte. En una vitrina se conservan curiosos monumentos epigráficos, discos ú tablillas de bronce, entre las que hay dos series interesantes: una de las que podríamos llamar papeletas de votación y la otra de las cédulas judiciales con que los ciudadanos inscritos en el tribunal acreditaban su calidad. En otra vitrina aparecen cascos de tipo beocio y armas diversas, *strigilis*, fíbulas, etc.

Tales son, en suma, las colecciones griegas del Museo de Atenas. Hay en el mismo una sala especial en la que vimos una colección incipiente de antigüedades bizantinas, entre ellas un relieve de Naxos que representa el Nacimiento, otro de Orfeo atrayendo á los animales; fragmentos arquitectónicos, pinturas y mosaicos. Con el tiempo esta colección podrá constituir por sí sola un museo importante. Y á propósito de esto, debemos advertir que, así como el estudio del arte antiguo, al calor de los grandes descubrimientos y de las investigaciones provocadas por éstos, ha llegado á su mayor grado de desarrollo, el arte bizantino aguarda todavía un nuevo Schliemann que dé el impulso inicial al esclarecimiento de su historia. El Museo de Atenas más que el de Constantinopla, parece llamado á prestar, con colecciones todavía no formadas, poderoso auxilio á ese estudio que hoy sólo puede intentarse en las iglesias, como la incomparable Santa Sofía de Constantinopla, y en los tesoros y bibliotecas de los monasterios del monte Athos.

MUSEO DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS. — Este Museo es una dependencia ó sección del Museo Nacional acabado de describir. Fué instalado por el señor Cawadias mientras dirigía las fructuosas excavaciones más arriba mencionadas por los años de 1885 á 90, en un edificio especial, pequeño y modes-

to, construído en la Acrópolis, al extremo Sur-este. Consta de diez salas, todas ellas, como las del Museo Nacional, sin claraboyas, que en aquel clima ocasionarían un calor irresistible, y en cambio con altas y rasgadas ventanas en los muros. Contiene exclusivamente antigüedades descubiertas en la misma Acrópolis, y como los monumentos de ésta son lo más selecto de la arquitectura griega, las colecciones de dicho Museo están formadas principalmente por las obras más exquisitas de la escultura ática. Se trata, pues, de un Museo único en el mundo.

La ordenada exposición de las raras piezas de este incomparable tesoro artístico, permite apreciar el desenvolvimiento histórico, esto es, los sucesivos perfeccionamientos de la escultura ática desde el siglo VII hasta el V antes de J. C. Es aquello, en suma, la manifestación razonada de la obra de Fidias, que representa la meta en el proceso estético del genio helénico, con todos los antecedentes arcáicos que razonan tan maravilloso triunfo.

Nada menos que seis salas ocupan las muestras peregrinas del arcaísmo; dos ocupan las admirables piezas decorativas del Partenón, y otras las del Erecteo y del templo de la Victoria aptera. En esta distribución, sábiamente dispuesta por el instalador, aparecen en la primera sala las obras escultóricas que decoraron los primitivos templos que hubo en la Acrópolis. Están labradas en una toba, por lo general revestida de pasta ó estuco y pintada. Figuran en primer término dos frontones pequeños con figuras en bajo-relieve, cuyos asuntos respectivos son los combates de Hércules con la Hidra de Lerna en presencia de Yolao, y con Tritón. Obra más atrevida es un grupo gigantesco, por desgracia incompleto, perteneciente á otro frontón: la figura principal que se ve es la de un toro, atacado y casi vencido por dos animales, por cuyas garras se aprecia que debieron ser leones. El modelado del toro en la pasta de revestimiento es muy vigoroso, y los colores, entre los que predomina el azul, del cuerpo del animal, son bastante vivos. Hay una cabeza de león y otra de toro del mismo género que fueron halladas con el grupo anterior. Más notable aún es una cabeza de hombre, de tamaño casi natural, toscamente esculpida en piedra porosa; tiene barba, conserva color rojo y recuerda mucho las caretas de oro de Micenas; pero quizá es más imperfecta y bárbara.

Sigue en la sala segunda esta serie de esculturas, cuyos mejores ejemplares son allí la imagen de Tifón ó monstruo de tres cuerpos humanos alados, terminados en colas de serpiente entrelazadas, y la de otra serpiente que debió representar á Equidna, esposa de aquel monstruo, y ambos aparecían en lucha con Zeus en el frontón de algún antiguo templo del dios. Llama la atención el realismo todavía tosco del modelado, la expresión de la vida que supieron dar á estas figuras y la viveza de los colores rojo y azul, sobre todo éste, que ha valido al Tifón (que es de las piezas más importantes del Museo) el sobrenombre de *barba azul*. Probablemente del frontón compañero es otro grupo incompleto de Hércules desnudo ahogando á Tritón.

Unos y otros restos se hallaron en 1888 al Sur del Partenón. Estos frontones, como los de la sala anterior, son obras acabadas y curiosísimas del arcaísmo del siglo VII y debieron decorar los templos que fueron levantados en la Acrópolis antes de la tiranía de Pisístrato. En la pared, sobre la figura del Tifón, está expuesta una acuarela de la figura que á raíz de su hallazgo hizo M. Gillieron, y que permite apreciar lo que han bajado los colores desde que el monumento volvió á estar expuesto á la luz.

En el paso de la sala segunda á la tercera, se ve una placa de barro cocido con una figura de guerrero, pintada, á la que se asigna por fecha el siglo VI antes de J. C., según el estilo y la caligrafía de una inscripción que acompaña, datos que llevan al Sr. Cawadias á señalar en su *Catalogue* este documento como el ejemplar más antiguo de la pintura griega que allá se conserva.

Encierra dicha sala tercera piezas pequeñas, figuras de barro, fragmentos arquitectónicos de barro y de mármol, antefixas, goteriones en figura de cabeza de león, trozos de frisos con palmetas pintadas, etc., la mayoría de ello en vitrinas.

En la sala cuarta empiezan los mármoles y con ellos una nueva fase del arcaísmo, á la cual debe darse por fecha el siglo VI antes de J. C. Allí se encuentra un curioso grupo de Minerva luchando con los gigantes, que se fué encontrando por trozos al Este del Partenón y debió decorar un frontón del primitivo templo de la diosa. La figura de ésta, muy movida y airosa, se distingue sobre todo por lo hermoso de su cabeza. En la misma sala hay basas, capiteles y monumentos votivos; y en el paso á la siguiente, curiosos bajo-relieves en que figura Atenea otorgando gracias ó recibiendo ofrendas. Estos relieves áticos arcaicos son interesantísimos para la Historia del Arte.

Sigue en la sala quinta la serie de las estatuas, entre las que, aparte de varias de mujer del tipo de que pronto nos vamos á ocupar, se distinguen tres varoniles en actitud de escribir en una tabla apoyada en las rodillas, por lo que se las compara con las egipcias de escriba, á las que evidentemente recuerdan algo; dos estatuas ecuestres de caballeros ó amazonas vestidas á la asiática, de muy buen arte, y pintadas con labores en el traje trazadas con el color; la conocida estatua de Atenea sentada, por desgracia sin cabeza, con los pliegues del traje tratados con gran delicadeza y atribuída al escultor Endoyos; una estatua de hombre, acaso de sacerdote, con traje femenino; y por último, el Moscóforo (que da nombre á la sala), esto es, una estatua varonil con un toro sobre los hombros, y que se cree representa más bien que á Mercurio, un devoto portador de su ofrenda. Esta figura, de un naturalismo bastante estudiado y sóbriamente interpretado, es la mejor de todas las de la sala. Está esculpida en mármol del monte Himeto; la base es de toba, y en ella se lee el nombre del personaje, Rombos ó Kombos.

La sala sexta ó gran sala arcaica, es la que ofrece mayor interés al visitante, pues encierra un género de obras de trabajo muy delicado, esculturas

únicas por su raro mérito y por estar pintadas, siendo esta la causa de que no hayan sido vaciadas y sólo sea dable conocerlas en Occidente por láminas en color como la que figura al frente del tomo I de la *Histoire de la Sculpture Grécque* (I, págs. 340 á 357), de Collignon. Son las catorce estatuas de mujer, de cuyo inesperado hallazgo en la Acrópolis ya dimos cuenta. El descubridor Sr. Cawadias, después de hacer constar en el mencionado *Catalogue* que las estatuas en cuestión parecieron mezcladas con piedras, inscripciones antiguas, trozos de columna del templo de Atenea Pólia, formando todo este conjunto tres capas, separadas regularmente con piedras iguales á las empleadas en el muro levantado por los atenienses después de las guerras médicas, lo que indica que con motivo de esta obra se debió hacer aquel relleno, explica del siguiente modo la presencia de las estatuas en tal sitio: «Los persas después de haber ocupado la Acrópolis, quemaron el templo de Atenea, destruyeron las estatuas que estaban en pie y después de haberlas arrojado de sus pedestales, les rompieron las manos, los pies y las cabezas. Después los atenienses resolvieron hacer una construcción más grandiosa de los monumentos destruídos; en cuanto á las estatuas no podían ser de alguna utilidad, tanto más que no eran objetos de culto, sino simples *anathemata* sin valor después de mutilados. Al mismo tiempo los atenienses, queriendo erigir de nuevo magestuosos edificios, resolvieron, acaso por necesidad, nivelar el suelo de la Acrópolis; para hacer este terraplén se sirvieron de lo que hallaron á mano, es decir, de los restos esparcidos por los persas: estatuas, inscripciones, piedras de todo género procedentes de los monumentos incendiados ó destruídos». Es decir que «después de las guerras médicas, los atenienses debieron emplear estas estatuas como materiales y servirse de ellos para levantar el suelo de la Acrópolis». Efectuóse el hallazgo al E. del Partenón, entre el muro norte de la Acrópolis y el Erecteo. Todas las estatuas pertenecen al período más floreciente del arte del siglo VI, pero aunque producidas por la misma escuela, no todas son de la misma época. Todas están esculpidas en mármol de Paros, dado de aceite y pintado con colores (verde, rojo, azul y grís), que se mantenían muy vivos en el momento del hallazgo, pero que han rebajado algo, y por lo que varias están en urnas. Los bordes del manto y de la túnica llevan rayas y meandros verdes ó rojos, las telas sembradas de palmetas, la cabellera roja, los ojos coloridos también, y en una estatua de pasta vítrea. Estas estatuas no son monolitas, sino que se distinguen como piezas aplicadas los pies, los antebrazos y á veces las manos, puesto que faltan muchas. Dichas piezas ajustan por medio de espigas y mortajas de la misma materia y está asegurada la unión con cal como aglutinante. Alguna estatua es mayor que el natural y las demás menores. Las cabezas que se conservan llevan en lo alto un clavo de bronce, acaso para sostener un quitasol que las preservase de la intemperie, según Cawadias. Se ha discutido si representan á Atenea ó simplemente á sacerdotisas suyas, lo que parece más verosímil. Visten túnica

de tela ligera que forma menudos pliegues y manto dispuesto de manera que pliega también artísticamente; aparecen diademadas, y la cabellera, dispuesta regularmente en bucles y trenzas, cae sobre la espalda y á los lados



ESTÁTUA DE MUJER. Mármol pintado, siglo VI antes de J. C. — Descubierta en la Acrópolis de Atenas.

del rostro. Éste, animado de suave sonrisa, con los ojos un tanto oblicuos, conserva en algunos ejemplares algo de color grís. Donde principalmente se ha empleado la pintura, es en el pelo, en las diademas y en los prolijos

adornos que simulan los bordados de los trajes; y lejos de dar esta pintura á las estátuas aspecto de muñecos, da un realismo, especialmente á los paños, y armoniza de tal modo con los delicados pliegues, que el efecto es tan vivo como artístico.

Se han señalado estas figuras como ejemplares del tipo femenino compañero del tipo varonil de los Apolos, de Orcomene, Tera, etc., que enumeramos al ocuparnos del Museo Nacional de Atenas; la opinión es válida y se halla generalmente admitida; mas por mi parte, desde que he examinado unas y otras esculturas, he rectificado aquel parecer de que me hice eco en mi *Manual de Historia del Arte griego*. Los llamados Apolos, responden, es verdad, á un tipo atlético, de formas exageradas por el deseo de acentuarlas, de rostro sonriente y cabellera minuciosamente tratada; pero hay en ellas una tosquedad de factura y una inocencia en el modo de expresar algunos detalles de que no hay ya ni rastro en las figuras femeniles de la Acrópolis, que son de un naturalismo más bello, de un arte mucho más sabio, que sabe modelar un rostro con esmero y delicadeza y prestarle cierta gracia y expresión; sabe dar gran elegancia á los torsos y sabe plegar y disponer los paños con exquisito gusto. En una palabra; se trata, como indica el Sr. Cawadias, de los gérmenes del arte ático que no debía tardar en desarrollarse, y se trata, por lo tanto, de obras de distinta escuela, la de las originales figuras femeniles mucho más adelantada que la que produjo los Apolos, trasunto rudimentario de un modelo egipcio. Las estátuas femeniles de la Acrópolis, con la que se relacionan, es con el *xoanon* de Délos, y Collignon ve en ellas una influencia de la escuela de Chios.

La mayor de las estátuas de mujer es debida á Antenor, según la inscripción grabada en la base. Dicho escultor era el autor del grupo de Harmodio y Aristigiton que se llevaron los persas.

No hay en dicha sala más que las catorce figuras dispuestas de modo que pueden verse por todos lados.

En la sala siguiente termina la colección de esculturas arcaicas con las más próximas al maravilloso apojío del arte griego, que son: una magnífica cabeza de efebo, llena de vida, que debe considerarse como de las mejores obras arcaicas; unas Victorias semejantes á la de Délos; dos elegantes caballos, uno con restos de su ginete, que atestiguan el progreso realizado en la representación de los animales durante el período arcaico; una estátua de atleta, al parecer del siglo V, de estilo severo bastante avanzado, y dos buenos relieves, uno del siglo VI, representando á Hermes dirigiendo á las Ninfas al baile, y otro de mediados del siglo V, que representa á Minerva apoyando su lanza en una estela. Pero en esta sala, que puede decirse encierra las obras de transición, hay algo más y de gran importancia: están los restos allí conservados de las metopas del Partenón, con la Centauromaquia y los vaciados de las existentes en Londres. La razón de haber colocado en esta sala dichos restos, es muy sencilla: sabido es que las metopas se distin-

guen entre todos los mármoles del Partenón por ser los únicos cuyo estilo participa aún del arcaísmo, como obras debidas á artistas que colaboraron en la de Fidias.

La sala octava es la gran sala del Partenón, donde están reunidos todos los restos originales y vaciados de estilo clásico; es decir, que allí está reunida propiamente la obra de Fidias. En el muro de fondo, frente á las ventanas, están los originales y vaciados de los dos frontones; los del oriental abajo y los del occidental encima, sobre un saledizo dispuesto al efecto. Cada figura ocupa el sitio que en la composición le corresponde. Además, delante aparece un modelo pequeño de reconstrucción del frontón oriental que representa la disputa de Atena y Poseidón. Repartidos por los demás muros están los tableros originales y algunos vaciados del friso de la *Cella*, y para facilitar su reconstrucción, el Sr. Cawadias ha tenido la buena idea de montar en el centro de la sala, en una armadura cuadrilateral que puede tomarse como simulacro de la *Cella*, la serie de grabados de dicho friso por Michaelis, con lo que el visitante puede darse cuenta de la situación exacta de los tableros expuestos. El friso occidental se halla aún como es sabido en el muro del templo.

Encierra la sala siguiente, que es la última de Escultura, las que decoraron el Erecteo y el templo de la Victoria Apta. Son las de ésta los conocidos y celebrados relieves del pretil que rodeó la terraza en que se alza tan notable monumento, y representan las Victorias, figuras incomparables por su gracia y su elegancia: la Victoria coronando un triunfo, la que se ata la sandalia y las dos que conducen un toro al sacrificio. El grabado ha popularizado estos relieves áticos, y nuestro público los conoce también por los vaciados que trajo el Sr. Rada y conservamos en el Museo Arqueológico Nacional. Hay además algunos fragmentos del mismo friso, entre ellos uno en que aparece Minerva sentada, al parecer sobre una nave; lleva casco y debió llevar incrustada, de bronce, la égida. Las esculturas del Erecteo son los relieves del friso, algunos de ellos descubiertos en las excavaciones de 1885 á 1890. Están esculpidos en mármol de Paros, y sus figuras están tan gastadas que no es posible reconocer el asunto ni apreciar detalles; parecen ser diosas sentadas con niños sobre las rodillas. En una inscripción que contiene las cuentas de una parte de los gastos hechos para la obra del Erecteo en 408 antes de J. C., se mencionan los nombres de los escultores (extranjeros domiciliados en Atenas) que trabajaron en este friso y se indica el precio de cada «figura de niño, figura de hombre», etc., que no excede de 60 dracmas.

La sala última, en la que estuvieron los bronce que hoy se hallan en el Museo Nacional, sólo contiene hoy algunas cabezas romanas. Desde ella se sale al vestíbulo, donde se ven reunidas esculturas diversas, entre ellas el conocido relieve arcáico de la mujer subiendo á un carro, de que tenemos en Madrid vaciado incompleto; el relieve de la nave con tres bancos de reme-

ros, y otro que se denomina de las *tres Gracias*, de Sócrates, por ser éste el nombre de su autor que se duda si fué el filósofo.

MUSEO DE OLIMPIA.—Hállase instalado en un edificio construído al efecto á costa de un griego patriota, el Sr. Zingros, en una eminencia inmediata al famoso Altis, hoy campo de las mencionadas ruinas. El estilo de la construcción es el griego clásico. La distribución interior es como sigue: un salón central destinado á contener los mármoles del templo de Zeus, y donde también se halla la Victoria de Pæonios; en derredor, ó mejor dicho á los dos lados, salas pequeñas destinadas á esculturas griegas y romanas de menor importancia, fragmentos arquitectónicos con ornamentación esculpida y pintada, etc., todo esto todavía sin arreglar; y en el punto opuesto al vestíbulo una sala especial donde sólo se halla el Hérmes de Praxiteles, la joya de Olimpia, la obra maestra más apreciada en Grecia. En el vestíbulo se ve el busto de Curtius, esculpido en mármol, homenaje justo que los alemanes han rendido al iniciador de las gloriosas excavaciones.

Como en Atenas, la luz no penetra en las salas por claraboyas, sino por ventanas que en el salón central, por ser más alto que los demás, forman friso en los cuatro muros.

En cuanto al contenido, sólo nos ocuparemos de los mármoles del templo y de las dos estátuas mencionadas; porque ante la importancia de estos monumentos la pierden por completo las demás piezas amontonadas en las salas laterales. Los bronce se hallan, como queda dicho, en el Museo Nacional de Atenas.

Los mármoles del famoso templo de Zeus Olímpico, descritos y alabados por Pausanias, corresponden al movimiento artístico operado entre los años 470 y 450 antes de J. C., es decir, inmediatamente antes del paso decisivo dado por Fidias. Las metopas que decoraban los frisos interiores de los dos frentes, sobre las entradas respectivas del pronaos y del opistodomo, seguramente son anteriores á 456, que fué cuando se celebró la olimpiada 81, en la que los Lacedemonios conmemoraron, colocando un escudo de oro sobre la acrotera del frontón oriental, su victoria sobre las armadas argiva y ateniense. Entonces, si el edificio no estaba concluído estaba muy adelantado. Dichas metopas eran doce, seis de cada lado, representan, como es sabido, las hazañas de Hércules. El Louvre posee tres; las restantes están en el Museo de que me ocupó con los vaciados de aquéllas; uno de ellos, el del toro de Creta completado con el original de la cabeza del bruto. Se hallan los mármoles en bastante mal estado; sin embargo, se aprecian bien las hermosas figuras del *jardín de las Hespérides* y de la Minerva que presencia la limpieza de los *establos de Augias*. Son todas ellas de un estilo severo, sóbrio, con restos de arcaísmo, muy decorativo; un estilo en que Collignon cree reconocer, á pesar de las desigualdades de factura, «como el sello de una escuela». Estos mármoles están colocados á los lados de las puertas en los muros menores del salón, que es rectangular. En los muros largos, sobre

basamentos de fábrica, están uno frente á otro los dos frontones reconstituidos. De las figuras faltan algunos trozos que con laudable respeto al arte inimitable y al hecho consumado se han quedado sin suplir de otro modo que con los maderos ó hierros suficientes para la estabilidad de lo que aún existe. Tan escrupuloso trabajo es debido á la inteligencia y paciencia inagotable del sabio Curtius y del escultor Grüttner. El frontón oriental representa los preparativos de la carrera en que Cénomaos fué vencido por Pelops, que conquistó de este modo la mano de Hipodamia. Allí están en efecto, á los lados de Zeus, los dos rivales; Stereopea, mujer del primero, junto á él, é Hipodamia junto al segundo; los carros de ambos, con los caballos y cocheros, prestos para la prueba, y á los extremos los ríos Alfeo y Cladeo personificados. El frontón occidental representa la lucha de lapitas y centauros suscitada en la celebración de las bodas de Piritoos. Esta es la figura central, y entre las diez figuras de cada lado se distinguen á la derecha de aquélla Eurition robando á la novia, y á la izquierda Teseo combatiendo con los centauros. En los muros respectivos hay sendas restauraciones de figuras pequeñas para que el público se dé cuenta exacta de la reconstitución de dichas composiciones.

Con ser ambas del mismo estilo no son de igual mérito ni de la misma mano. La composición del frontón oriental es fría, sus figuras ofrecen un paralelismo y están tan desunidas, que contrasta en todo esto con la del frontón occidental que está tratada con gran libertad y llena de movimiento, de vida y de gracia. La ejecución en ambos es algo seca y desigual, á trozos detallada en exceso, tratándose de figuras que habían de colocarse tan altas. Pausanias, haciéndose eco de lo que en Olimpia le dijeron, dice que el frontón oriental era de Pæonios de Mendea, en Trácia, y que el occidental era de Alcámenes, discípulo de Fidias. Estas atribuciones que Pausanias no discute ni rechaza, han suscitado apasionadas controversias entre los arqueólogos de hoy, que ven en los frontones dos obras anteriores á Fidias, y que por otra parte no hallan absolutamente nada de común entre el frontón oriental y la estatua de la Victoria que lleva en el pedestal el nombre de su autor Pæonios de Mendea, juntamente con la declaración de haber sido los mesenios y los naupatianos quienes la consagraron á Zeus Olímpico como diezmo del botín. La victoria á que esto alude obtuviéronla los mesenios en 425 antes de J. C., fecha que se armoniza bien con el estilo de la estatua que está tratada con la grandiosidad y la amplitud del gran período, esto es, del arte de Fidias, y que además se distingue por la valentía con que puso la figura, volando, lanzándose al espacio, ya con una pierna en el aire. Junto á esta figura hay también una pequeña restauración de ella.

En cuanto á la soberbia estatua del Hérmes con Baco niño, hallada en el Heraion, en el mismo sitio en que la vió Pausanias, por éste sabemos que es obra de Praxiteles, y nada he de añadir puesto que en los pocos años que lleva de descubierta ha adquirido una celebridad tan ruidosa que

acá en Occidente abundan sus reproducciones, y en Grecia las hay por todas partes, hasta en los billetes de Banco, como noble empresa del escudo del país. Esta sola figura atrae á Olimpia tantos miles de viajeros como el Partenón á Atenas. Desgraciadamente, faltan las piernas de la figura desde las rodillas, y esta falta ha sido suplida con mármol ligeramente labrado. Toda esta figura, como la Victoria, están en pedestales altos.

MUSEO DE DÉLFOS.—Como el de Olimpia, el de Délfos es un Museo formado con las esculturas y objetos diversos desenterrados de entre las ruinas de la localidad. La instalación es todavía provisional y ocupa una sola sala, esto es, el interior del barracón construído al efecto. Las colecciones reunidas no son muy numerosas, pero son en cambio interesantísimas. La principal es la de escultura, y en ella lo que más abunda las obras arcaicas.

Sobresalen por su mayor antigüedad dos estatuas de tipo atlético, dos Apolos, obras de la escuela argiva, del siglo VII antes de J. C., y tres estatuas femeniles de igual fecha y estilo. Seguidamente debe colocarse un trozo del friso oriental del primitivo templo de Apolo, que comprende unas figuras de leones y ciervos. Expuesto en sitio preferente se ve otro monumento escultórico de importancia: una esfinge colosal, sentada, cuyo rostro se asemeja mucho por su arcaísmo y factura al de las estatuas femeniles delianas; es obra de la escuela de Naxos, del siglo VII.

Según el orden cronológico hay que colocar después los mármoles del tesoro de Cnido, que datan del siglo VI: el friso compuesto de los relieves de una serie de metopas que representan los trabajos de Hércules, y un frontón que representa la disputa del trípode délfico mantenida por Apolo y Hércules; sus figuras son pequeñas, movidas, finas de ejecución. Del friso se conservan unos 22 metros de los 30 que tenía de extensión.

Del siglo V hay un hermoso grupo de tres cariátides, sobre las que se abre graciosamente un haz de hojas de acanto.

Del siglo IV son de citar unas estatuas con manto y un atleta cuyo estilo permite colocarle entre Scopas y Lisipo.

Notable es también un busto de Antinoo del siglo II y un altar romano con relieves.

Pero la mejor obra escultórica descubierta en Délfos es un bronce: se trata de una estatua de tamaño poco mayor que el natural, un *auriga*, con su ceñida túnica, en pié, en la actitud de conducir su carro, de cuyos caballos hay algunos restos, como también de las piedras que formaron el basamento y en las que se lee una inscripción que contiene parte de la dedicatoria del grupo, pues todos estos restos lo son de un monumento votivo, que debió alzarse en el lugar del hallazgo, junto á la escalera que conduce desde el santuario al teatro. No debió ser el único monumento de carácter hípico levantado en Délfos, pues Pausianas menciona otro, que no es éste, aunque algún arqueólogo lo ha pretendido, y en cuyo caso faltarían figuras humanas del grupo y la indicada inscripción no correspondería á

este monumento. M. Homolle acaba de refutar esa hipótesis en su monografía titulada *L'Aurige de Délyphes* (Fondation Piot, París, 1898), y prescindiendo prudentemente de atribuciones á tal ó cual artista reconoce en la figura del auriga una hermosa obra de la escuela ática, producida por la generación que precede á Fidias. Con efecto, el estilo es el mismo que en las pinturas de los vasos se llama estilo severo, y la postura, la sencillez con que está tratado el traje y sus menudos pliegues, el carácter sóbrio de toda la estátua, denotan el buen gusto y la corrección áticos. Tiene la figura los ojos incrustados, una raya de plata marca entre el oscuro que proyectan los labios la línea de los dientes; una cinta (probablemente la de vencedor) adornada con una greca, le ciñe la cabeza, se enlaza sobre la nuca y sus cabos caen sobre el cuello. Todos estos detalles están finamente ejecutados y revelan el efecto rico y decorativo que debió ofrecer el conjunto.

Es de notar además otro monumento, labrado en piedra, una especie de piña gigantesca: era el *onfala*, que estaba colocado en el sitio que los antiguos creían ser el centro del mundo.—También figura entre los mármoles una inscripción musical que contiene un himno á Apolo.

En varias vitrinas hay numerosos objetos, piezas cerámicas, pintadas, de estilo primitivo y corintio, y algunos vidrios, entre ellos un ánfora de forma muy clásica, de cristal blanco opaco, adornada con unas líneas en ziz-zas, negras, sobre la panza del vaso. Este despertó vivamente nuestra atención, porque en el Museo de Gerona acabábamos de ver otro ejemplar igual, y otro en el Museo de Atenas. Sin duda los fócocos los fabricaron ó los importaron á diversos puntos del mundo griego.

IV.

La Escuela francesa y la fiesta de su cincüentenario.

Hemos hablado de las excavaciones, de las ruínas desenterradas y de los objetos reunidos en los Museos; solo nos resta hablar del movimiento científico que ha producido tan útiles trabajos y excelentes resultados. Los centros que hoy se acupan en Atenas de la Arqueología, aparte del Ministerio de Instrucción Pública y de la Dirección de antigüedades, esto es, del elemento oficial, de cuya acción eficaz quedan hechas las oportunas referencias, son cuatro institutos extranjeros y la Sociedad Arqueológica de Atenas.

Esta, que siempre ha secundado las iniciativas oficiales, y en algún tiempo se ha adelantado á ellas, está formada por arqueólogos y aficionados, y es acreedora á la gratitud de la Grecia y de la Arqueología. Vive esta Sociedad del producto de suscripciones, de donativos y de una lotería anual. Estos fondos se emplean en sufragar los gastos de las excavaciones, de que hemos dado cuenta, de adquirir antigüedades, que antes de la formación del Museo conservaba expuestas al público en la Escuela Politécnica y de publi-

car una Revista y una Memoria anual de los trabajos realizados. En un tiempo la Sociedad se congregaba en la Acrópolis para discutir puntos científicos; hoy, inspirándose en fines más prácticos, contribuye provechosamente al fomento de la Arqueología.

Los institutos extranjeros son: la *Escuela francesa*, fundada en 1846; el *Instituto Arqueológico alemán*, fundado en 1874 (situado en la calle de Fidias, núm. 1); la *Escuela Arqueológica americana*, fundada en 1882, y la *Escuela Arqueológica inglesa*, fundada en 1886. Todos estos centros sirven de residencia á los arqueólogos pensionados por las respectivas naciones de que dependen, los cuales se ocupan de practicar excavaciones y hacer estudios especiales. El Instituto alemán publica un interesante repertorio, titulado *Athenische Mittheilungen*, y el secretario director de tan importante centro, el Sr. Dörpfeld, de cuyo eficaz concurso en las excavaciones de Schliemann en la Argólida queda hecha referencia, dirige los sábados durante el invierno, desde las dos de la tarde unos paseos arqueológicos por Atenas, que son, como puede comprenderse, muy instructivos para la masa común en cuyo provecho se practica tan útil medio de enseñanza.

Para dar una idea clara de cómo funcionan estos institutos, á falta de datos referentes á la constitución de los que dependen de Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, vamos á ocuparnos solamente del más antiguo de todos: la Escuela Francesa, valiéndonos de los informes directamente adquiridos en nuestra visita á este centro y nuestras conversaciones con MM. Homolle y Radet, mas los preciosos datos reunidos por el mismo M. Radet en la interesante obra que está publicando, titulada *L'Histoire et l'œuvre de l'Ecole Française d'Athènes* (París, 1898), y en unos artículos insertos en la *Revue générale des Sciences* (30 de Marzo de 1898), y la *Revue encyclopédique Larousse* (10 de Abril, 1897), y por MM. Homolle en la *Revue de l'Art ancien et moderne* (Enero de 1897).

Según la expresión feliz de M. Homolle la Escuela Francesa de Atenas debe su fundación «á dos revoluciones, una política y otra literaria: la revolución griega y la revolución romántica.» Con efecto: al calor de la fiebre romántica ofreciose como un ideal provocar la resurrección de las obras del arte antiguo, y á este ideal respondió el pensamiento del arquitecto Legrand de que á imitación de lo que ya se había hecho en Roma se fundase en Atenas una «Academia» ó «Escuela» de artistas anticuarios. Por otra parte, las miras políticas de Francia que en prestar su ayuda á la Grecia recién libertada del poder turco, veía un medio de oponerse á las miras interesadas de Rusia y de Inglaterra, provocaron en París, en 1841, una inteligencia sobre la conveniencia de dicha institución entre el diplomático M. Piscatory, que había combatido por la independencia de Grecia, Coletti, representante del rey Oton cerca del rey Luis Felipe y el banquero M. Eynard. Ayudó también por otra parte, Sainte-Beuve, que con un espíritu bastante práctico, deseaba y proponía que los helenistas se colocaran en la verdadera corriente

de la lengua aún viva de la Grecia. Todo ello se concertó para estimular al ministro de Instrucción pública M. de Salvandy á dictar con fecha 11 de Septiembre de 1846, un decreto que aspirando á establecer los estudios clásicos «en su fuente más pura y en la cuna de la civilización de Occidente», fundaba una Escuela Francesa en Atenas, para que, los que habiendo cursado en la Escuela Normal superior, fuesen admitidos como profesores auxiliares de las cátedras de Historia ó Filosofía, pudieran perfeccionarse en el estudio de la lengua, la historia y las antigüedades griegas.

Tenemos á la vista dicha orden, que consta de ocho artículos solamente, en los que se determinan, además del fin expuesto, las condiciones necesarias, obligaciones y tiempo de permanencia en la Escuela de su director y sus miembros; se coloca dicho centro bajo la vigilancia y autoridad inmediata del ministro de Francia en Grecia; se previene que los gastos sean sufragados con cargo al fondo de *Comisiones científicas y Fomento de las Letras* consignado en el departamento de Instrucción pública; y en el artículo 4.º se facultaba á la Escuela para «poder abrir, con autorización de S. M. el rey de Grecia, cursos públicos y gratuitos de lengua y literatura francesas y latinas», y á sus miembros para poder, «con permiso del Gobierno griego,» dar en la Universidad y en las Escuelas griegas todos los cursos compatibles con sus estudios, pudiendo conferir «el bachillerato en letras á los alumnos de las Escuelas francesas y latinas de Oriente.»

En Diciembre de aquel mismo año fué nombrado el primer director de la Escuela M. Daveluy, un filólogo, y con él partieron para Grecia los primeros pensionados, que fueron MM. Hanriot, Burnouf, Lévêque, Roux, Benoit, Blancard, Lacroix, Grenier. Después de detenerse en Italia desembarcaron en Grecia el 22 de Marzo de 1847 y se instalaron en Atenas en la llamada casa Ghennadios, del nombre de su poseedor, donde permaneció instalada la Escuela hasta 1855 en que se trasladó al Hotel de la Gran Bretaña, desde el cual pasó en 1873 á la elegante casa que hoy posee. En un principio, las conquistas para el helenismo fueron escasas; pero en cambio los cursos de lengua y literatura francesa se vieron concurridísimos.

El doble carácter de medio de perfeccionamiento para los helenistas franceses y centro de educación francesa para los griegos, lo perdió la Escuela cuando ocurrió en Francia la revolución de 1848. Con este suceso que transformó la política del país vecino perdió interés lo que llama M. Radet «la conquista intelectual del Oriente.» Hubo más: la Escuela francesa de Atenas estuvo á punto de ser suprimida, juntamente con el Colegio de Francia, el Museo y la Escuela de Cartas, á causa de haberse levantado en las cortes de la República algunos diputados clamando contra tales instituciones á que llamaban «exuberancias parásitas que carcomen, agotan, devoran la fortuna pública»; pero en la sesión de 10 de Noviembre de 1848 levantó su voz Victor Hugo en contra de semejante atentado al progreso, diciendo: «Habeis querido hacer una economía de dinero, y lo que habeis

hecho es una economía de gloria. Yo la rechazo por la dignidad de Francia, ¡la rechazo por el honor de la República!»

Subsistió la Escuela; pero se comprendió que era menester darle exclusivamente el carácter con que desde un principio la había querido Sainte-Beuve, de centro de estudio para helenistas y anticuarios. Al efecto, un decreto de 26 de Enero de 1850 obligó á los miembros de la Escuela á enviar al Ministerio de Instrucción pública una Memoria anual sobre un punto arqueológico, filológico ó histórico escogido en el programa redactado al efecto por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, la cual daría cuenta de ellas en una sesión pública y se publicarían en los *Archives des Missions Scientifiques*. Es decir, que la Escuela quedó bajo el protectorado de la Academia, como era natural. Todavía estas disposiciones no se creyeron suficientes, y el 7 de Agosto del mismo año dictóse un nuevo decreto que, reformando la Escuela le dió la próspera vida conque la conocemos hoy. En el preámbulo que precede al decreto se indica con amplio criterio la necesidad de abrir la Escuela, no solo á los alumnos de la Normal, sino á los de otras procedencias académicas, y con un espíritu práctico que no resplandece en el decreto de fundación, se dice: «Entre los jóvenes á quienes solamente el nombre de Atenas excita la imaginación, no dejaran de hallarse los que tomen sinceramente la curiosidad de artista por vocación de erudito y vean ante todo en la admisión en la Escuela la ocasión de un peregrinaje á los lugares más célebres de la antigüedad clásica. Precisamente á estas ambiciones es á las que hay que cerrar el camino de la Escuela de Atenas. Contra las decepciones que infaliblemente se seguirán, la única garantía se encuentra en la severidad de un examen especial, que dando medios de clasificar entre sí á los candidatos, asegure á la Escuela un personal sério, un conjunto de inteligencias escogidas cuya misión será tanto más fecunda cuanto vaya precedida de una preparación más larga y profunda.» La necesidad que había de esta advertencia nos la señala M. Radet, cuando al comparar el sistema de trabajo que se seguía en la Escuela en su primera época, lo que él llama la «edad heroica» de aquel centro, escribe lo siguiente: «Hace cincuenta años, el ateniense (nombre que se dan los miembros de la Escuela) era poeta. Nuevo Chateaubriand, iba en peregrinaje á todos los lugares santos de la antigüedad clásica y se comunicaba con el alma de Sófocles ó de Homero. En 1849, Gandar y sus colegas pasaron ocho días en el valle del Eurotas sin otra ocupación que la de recordar á Leonidas y Licurgo, escuchar el ruido de las cascadas y contemplar desde lo alto de las soleadas pendientes del Taygeto el islote testigo de las debilidades de Helena. El ateniense de 1898 tiene el derecho de ser poeta; pero además se le exige que sea erudito.»

Los artículos del decreto disponen al efecto, que el examen de ingreso se haga con arreglo á un programa redactado por una comisión de la Academia, que deberá versar sobre la lengua griega antigua y moderna, sobre los

elementos de la Paleografía y la Arqueología, la Geografía y la Historia de la Grecia; que la permanencia de los pensionados en la Escuela sea de tres años, de los cuales uno deberá dedicarse á hacer exploraciones é investigaciones; y en fin, que los miembros y el Director envíen sus respectivas Memorias de los trabajos realizados.

Uno de los temas propuestos por la Academia para estas Memorias fué el de la descripción de la Acrópolis de Atenas, tarea que acometió valientemente M. Beulé y le dió motivo para realizar las excavaciones de que hablamos al principio, y que dió merecido renombre á la Escuela de Atenas, hasta entonces oscura, y á él.

El período de consolidación de la Escuela de Atenas terminó en 1876, bajo la sabia dirección del ilustre arqueólogo M. Albert Dumont. Es decir que, como hace notar M. Radet, dicho centro, fundado con un fin utilitario, acabó «por orientarse hacia los estudios especiales y desinteresados; en una palabra, hacia la erudición superior».

Véase en breves palabras cómo emplean hoy el tiempo los miembros de la Escuela francesa de Atenas: Componen ésta seis individuos escogidos por virtud de concurso entre los profesores agregados á las Universidades. Cada uno es nombrado por tres años y está obligado á enviar á la Academia de Inscripciones en los dos primeros años sendas Memorias de las antedichas materias, y cuyos asuntos escoge libremente el autor. Si al cumplir su tiempo, el pensionado no hubiese concluído algún trabajo, el Gobierno puede concederle un año de próroga. Los miembros viven en el local de la Escuela, donde tienen una excelente Biblioteca, y cobran de pensión 4.000 francos anuales, con lo que atienden á su manutención y demás gastos personales. Nombrado miembro de la Escuela, el agraciado parte para Italia, donde pasa tres ó cuatro meses, visitando aquello que más les interesa, Museos y Monumentos, con lo que va educando la vista, adquiriendo «aquella sensibilidad visual, sin la cual, dice con razon M. Radet, no se puede ser buen arqueólogo». En Roma se hospeda en la Academia de Francia, establecida en la villa Médicis, donde en el trato con los pensionados arquitectos, escultores, pintores y músicos, perfecciona su educación artística. Preparado de esta suerte el pensionado, se embarca al fin para Grecia, y en Atenas se instala en la Escuela para comenzar sus trabajos.

Estos son de dos clases bien distintas, según la estación. El invierno los miembros de la Escuela lo pasan en Atenas, estudiando; pero en llegando Abril salen á hacer viajes de exploración ó á practicar excavaciones, pues según la frase feliz de M. Radet «representan la Universidad nómada por oposición á la Universidad sedentaria». En esas exploraciones y excavaciones que hacen separadamente, valiéndose de los medios de locomoción posibles, en *caique* por el mar Egeo (la Escuela posee un *caique*), en caballería, mientras hay caminos ó senderos, para los que se requiere llevar un guía, á pié, cuando es menester escalar montañas, emplean los miembros de la

Escuela la mayor parte del tiempo. Hasta fines de Otoño no vuelven á Atenas. A los nuevos suele acompañarles alguno de los antiguos, que les enseña á copiar ó calcar las inscripciones, etc.

Bien se comprende que estos viajes son la parte más interesante y la verdadera prueba en el aprendizaje que practican los pensionados. En los primeros tiempos, cuando se limitaban á las excursiones poéticas, por todo bagaje científico llevaba cada individuo una caja de hoja de lata donde iban metiendo flores y plantas, conchas, trozos de mármol, medallas y hasta tortugas ú otros bichos extraños, todo lo que hallaban al paso y excitaba su curiosidad. Hoy, en vez de esta caja de herborista, llevan el *deneke*, que es un tubo de hoja de lata, en el que guardan el papel para sacar calcos ó improntas de inscripciones, más un par de cepillos para esta operación, y en cuya tapa, en un hueco á propósito, va la esponja para mojar el papel.

El campo de operaciones de los arqueólogos es la Grecia, el Atica, el Peloponeso, las islas y el Asia Menor, que al presente es donde parecen dirigirse con mayor interés las miradas de la ciencia y donde la lucha á que tales empresas suelen dar lugar con las autoridades turcas, siempre recelosas del extranjero que copia una inscripción ó mide monumentos en ruinas, etcétera, es harto penosa.

La vida y el ejercicio del explorador es fatigosa la mayoría de las veces, por las inclemencias del clima y las asperezas del suelo. Es menester en ocasiones condenarse voluntariamente y por largo tiempo al aislamiento y á la soledad de la tierra inhabitada, como sucedió en la isla de Délos; es menester sufrir los axfisiantes rigores del sol en las mesetas de Asia Menor; dormir al raso, comer lo que se halle, estar siempre dispuesto á luchar contra toda clase de peligros y privaciones. En suma, es menester llevar de antemano abnegación para luchar por la ciencia.

De regreso en Atenas, los miembros de la Escuela se dedican á redactar las Memorias en que dan cuenta del resultado de sus exploraciones ó excavaciones que se publican en el *Bulletin de Correspondance hellénique*, que fundó en 1877 M. Albert Dumont, y escribir catálogos ú otros trabajos especiales, que forman un tomo de la *Bibliothèque des Écoles francaises d'Athènes et de Rome*, trabajos que suelen servir á sus autores para obtener el doctorado.

Cumplido el tiempo de la pensión, el agraciado vuelve á Francia como un héroe de la ciencia, dejando escrito en los fastos de ésta, juntamente con su nombre el de alguna ciudad, monumento, riqueza artística ó epigráfica desenterrada por él; vuelve formado como sabio, con una erudición sólida que ha adquirido directamente y por medio de su trabajo personal. En premio de esto obtiene entonces una cátedra en alguna de las Facultades de letras, Liceos ó Escuelas de Francia, y al frente de sus obras sucesivas estampa con orgullo el honroso título de «antiguo miembro de la Escuela francesa de Atenas,» que á él le recuerda siempre los mejores días de su juventud y de

sus nobles ambiciones académicas, y para su país es una garantía de sólida suficiencia.

De la Escuela Francesa han salido los arqueólogos que hoy son gloria de Francia: León Héuzey, Georges Perrot, Maxime Collignon, Salomón Reinach, Pierre Paris, Georges Radet, Edmont Pottier, Jules Martha, C. Bayet, Arthur Engel, y aparte de otros muchos Theophile Homolle, que tan dignamente ocupa el cargo de Director de tan importante centro.

Esto es la Escuela francesa: rico venero de erudición en el que se forman los sabios, contribuyendo poderosamente á la resurrección de la Antigüedad por medio de sus mejores producciones.

Tan gloriosa obra bien merecía que se conmemorase el cincuentenario de su fundación con una fiesta, y de ella voy á dar cuenta, no sólo por haberme contado entre la concurrencia, sino porque una circunstancia, para mí tan grata como inesperada, le dió especial interés para España. Ya he dicho que esa conmemoración es la que ha motivado el viaje, y que por eso coincidieron en el puerto del Pireo los dos barcos en que íbamos los expedicionarios; M. y M^{me} Homolle nos invitaron á todos á una *soirée* que celebraron la víspera de la fiesta. Esta habíase anunciado para el lunes 18 de Abril, á las once de la mañana, é iba á ser presidida por S. M. el Rey Jorge de Grecia.

Excuso decir que dicho día, antes de la hora fijada nos encaminamos á la Escuela Francesa que desde el principio de la calle de Marsella, que conduce casi frente á su puerta, se anunciaba por una ondulante bandera tricolor. El local de la Escuela es un hotel sencillo con un pequeño jardín. En éste, ante la entrada, encontramos á los dueños de la casa, M. Homolle con el uniforme de miembro del Instituto, haciendo cumplidamente los honores. El vestíbulo por donde entrábamos los invitados era la Biblioteca de la Escuela, que tiene dos pisos de estantería, y la barandilla del superior estaba revestida con las banderas de distintos países; entre ellas tuvimos la satisfacción de ver la española. Tomamos asiento en el salón de fiestas, cuyo sóbrio decorado y disposición anunciaba desde luego el carácter de severa sencillez que había de revestir el acto. No tardó en presentarse el Rey con sus hijos, él y ellos con uniforme de almirantes y con muy escaso acompañamiento. Tomaron asiento junto al estrado que se había reservado como tribuna, y apareció en ésta M. Homolle, que pronunció el primer discurso, en el cual, con fácil palabra trazó brevemente la historia de la Escuela, hizo referencia á los descubrimientos y viajes efectuados por sus individuos y al fijar la atención en las prosperidades que sin duda reserva lo porvenir á tan útil y floreciente organismo, anunció el pensamiento que se persigue y que responde al carácter internacional que en un principio quiso darse á la Escuela, de crear en ella una *Sección Extranjera* para pensionados de «las naciones amigas,» que será instalada en un anexo que se construirá al efecto, pudiendo dichos miembros extranjeros servirse de la Biblioteca, y efectuar sus trabajos valién-

dose de los mismos elementos y medios que los pensionados por Francia.

Tan generoso pensamiento, de resultados en alto grado beneficiosos para la ciencia, y que por lo mismo debe agradecerse sinceramente, había sido ya ligeramente expuesto por M. Radet en la conferencia que días antes nos dió á bordo sobre «La Escuela Francesa,» y en la que significó que «Bélgica y España» podían ser muy bien las naciones que enviaran sus pensionados á dicha Sección Extranjera.

A M. Homolle substituyó en la tribuna el Sr. Cawadias, el *éforo* de las antigüedades griegas, que, en correcto francés, felicitó á la Escuela Francesa por haber sido la primera institución de esta índole establecida en Grecia, y por haber contribuído con sus incesantes trabajos al descubrimiento de tantas antigüedades importantes que enriquecen los Museos del país.

Después de un breve discurso del Ministro de Francia en Atenas, Conde de Ormesson, se levantó el Sr. Dœrpfeld, Director del Instituto alemán, y cuya presencia en aquel lugar y en aquella solemnidad produjo general expectación. Habló en alemán, con fina discreción. Empezó por declarar que allí no había «vencedores ni vencidos,» porque se celebraba una fiesta de la ciencia; dijo que hablaba, no sólo en nombre del Instituto alemán, sino de las Escuelas inglesa y americana. Ensalzó mucho el pensamiento de celebrar aquel acto de conmemoración, y leyó un mensaje de felicitación de la Academia de Berlín. Luego felicitó á M. Homolle por las excavaciones de Delfos, y acabó diciéndole que le permitiera abrazarle. Al hacerlo arrancó aplausos de toda la concurrencia.

Seguidamente habló M. Maxime Collignon congratulándose de la fiesta, en nombre del Ministerio de Instrucción pública y de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Francia, que le habían comisionado para representarlos en aquella solemnidad.

Y por fin, volvió á levantarse M. Homolle, para dar las gracias por las felicitaciones á la Escuela y á él dirigidas en los anteriores discursos.

Con esto terminó la fiesta, que fué lo que debía ser: un acto sencillo y elocuente, sin aparatosas demostraciones que le hubieran quitado seriedad.

Por mi parte, me limité á felicitar después al Sr. Homolle en nombre de España y del Museo Arqueológico de Madrid cuya representación llevaba.

V.

Resultados de mi comisión.

Entre todo lo que yo puedo señalar como resultados obtenidos en el viaje á Oriente, nada más honroso para mí que el haber sido portador para con el Gobierno de S. M. del pensamiento que en la antedicha solemne ocasión se hizo público, de crear en la Escuela Francesa una Sección Extranjera, en la que por las indicaciones que me hizo M. Homolle particularmente se ve-

rían con gusto algunos pensionados españoles. Precisamente para hacer más comprensible el alcance del proyecto y los beneficios que de él podría esperar España, me he detenido á bosquejar la historia y precisar la orientación y método que sigue en sus trabajos la Escuela Francesa. Nada más me cumple decir, pues, el que España acepte ó no esta indirecta invitación de que yo soy portador, depende sin duda de varias causas, que el Gobierno podrá examinar.

Permítaseme, sin embargo, decir que, con aceptar esa invitación, puede prestarse al progreso intelectual de España uno de los más señalados servicios, pues justamente de lo que adolece nuestra enseñanza académica de las ciencias históricas y filológicas es del elemento práctico que perfecciona, educa y orienta las aptitudes personales, y que solamente puede adquirirse en los trabajos de investigación que efectúan *sobre el terreno* las Escuelas Francesas de Roma y de Atenas. En un país como España, donde esa práctica sólo la suplimos los arqueólogos con el ejercicio de nuestra profesión en los Museos, y los historiadores y los filólogos cultivan sus especialidades como ciencias de gabinete, faltos de medios para cultivarlos por el método experimental de más seguros y rápidos resultados; en un país donde las exploraciones y excavaciones no se han acometido todavía con la seriedad y el detenimiento que requieren, es incalculable la transformación que se operaría, sobre todo, en cuanto al método, que tanto vale en materia de enseñanza, con enviar algunos alumnos aprovechados de la Escuela de Diplomática y de la Facultad de Letras; uno de cada una, por ejemplo, á perfeccionarse en Roma y en Atenas. Y no debe olvidarse que lejos de excluir la permanencia en esos centros la enseñanza relativa á períodos históricos que no sean los de la Edad Antigua, Roma y aún mejor Atenas, son los lugares desde los cuales pueden estudiarse las corrientes históricas de todos los tiempos, puesto que allí afluyeron y de allí nacieron, de aquel centro y foco de la cultura humana.

En cuanto á los extremos que abraza la comisión que me fué conferida por el Gobierno de S. M., al disponer que efectuase yo en representación del Museo Arqueológico Nacional el viaje á Grecia y Turquía que se ha realizado á bordo del *Senegal*, consignados dejo los informes é impresiones que he recogido al visitar las ruinas y examinar las colecciones expuestas en los Museos. Los datos que en particular importan al Museo Arqueológico Nacional no debo consignarlos aquí, sino en los catálogos que preparo de las antigüedades clásicas que en él poseemos.

Al ser comisionado recibí un encargo especial, el de estudiar y proponer la adquisición de reproducciones para enriquecer nuestros Museos. Si se considera que lo más importante del arte antiguo es la Escultura, muy fácil se ofrece la tarea de suplir con vaciados de obras de primer orden, muchas de ellas únicas, las deficiencias de nuestras colecciones. Ante la calidad y el considerable número de piezas acumuladas en los descritos Museos,

esas deficiencias resultan mucho mayores. Si nos fijamos en nuestro Museo de Reproducciones artísticas, que es el llamado á recibir tan valiosos aumentos, que permitirían estudiar directamente en Madrid el proceso del arte antiguo, las colecciones existentes nos ofrecen muy pocas obras de los Museos de Grecia. Las siguientes listas darán cuenta cabal de lo poco que hay y de lo mucho que puede traerse; y debemos advertir para que no extrañe la falta del sarcófago de Alejandro y de las estatuas de mujer de la Acrópolis de Atenas, que todas estas piezas á causa de los restos de pintura que conservan no han sido ni podrán ser vaciadas.

ESCULTURAS DE LOS MUSEOS DE GRECIA DE QUE EXISTEN VACIADOS
EN LOS DE MADRID.

Vaciados traídos por el Sr. Rada y Delgado, existentes en el Museo Arqueológico Nacional y en el Museo de Reproducciones artísticas.

- Relieve. Estela de Aristion (Soldado de Maraton).
- Idem. Mujer subiendo á un carro.
- Idem. Busto baronil.
- Idem. Nave con siete bancos de remeros.
- Idem de Eleusis con Demeter, Cora y Triptolemo.
- Dos tableros del friso del Partenón.
- Relieve. Marcha de ocho guerreros seguidos de una mujer.
- Idem. Atletas preparándose.
- Idem. Friso del templo de la Victoria Apta.

Vaciados existentes en el Museo de Reproducciones artísticas

- Esculturas del Partenón.
- Mercurio con el pequeño Baco (Hérmes de Olimpia).
- Victoria de Paeonios, de Olimpia.
- Cabezas arcáicas, de Olimpia.
- Cabeza de atleta (bronce), de Olimpia.

ESCULTURAS DE LOS MUSEOS DE ORIENTE, CUYOS VACIADOS DEBEN
TRAERSE PARA COMPLETAR LAS COLECCIONES DE MADRID.

Museo de Constantinopla.

MÁRMOL.

- León hitita de Marach.
- Relieves hititas.
- Sarcófago licio.
- Estatua de Cibeles, la diosa fócea.
- Idem del *Buen Pastor*.



BRONCES.

- Estátua arcáica de atleta.
- Cabeza de atleta, de estilo ático.

Museo Nacional en Atenas.

PIEZAS DE ARTE MICENIANO.

- Relieve de los leones, de la Acrópolis de Micenas.
- Estelas funerarias de Micenas.
- Copas de oro, de Váfio (reproducciones galvanoplásticas).

MÁRMOLES GRIEGOS.

- Idolo de Artemisa, de Délos.
- Nike (la Victoria), de Délos.
- Apolo de Thera.
- Apolo de Orcomene.
- Apolo Ptoos,
- Apolo de Keratia.
- Esfinge de Spata.
- Apolo, del teatro de Baco, en Atenas.
- Vaso Finlay*.
- Palas Lenormant*.
- Palas del Varvakeion.
- Capitel de la *Tholos* de Epidauro.
- Cabeza de Euboleo, de Eleusis.
- Estátua de Hérmes, de Andros.
- Trozo de vestido labrado, de Licosura.
- Bailarinas, del teatro de Baco en Atenas.
- Seis vasos funerarios.
- Seis estelas funerarias.

BRONCES.

- Placa con la Artemisa pérsica.
- Cabeza arcáica de Júpiter, de Olimpia.
- Apolo arcáico de la Acrópolis de Atenas.
- Cabeza ídem, varonil, de íd. íd.
- Minerva hallada junto al Erecteo.
- Fáuno bailando, del siglo III.
- Espejos con relieves.

Museo de la Acrópolis de Atenas.

- Relieves arcáicos con asuntos de la religión de Minerva.
- Estátua del llamado Mercurio moscóforo.
- Estátua de Minerva luchando con los gigantes.
- Cabeza arcáica varonil, descubierta en 1887 al Este del Museo.

Museo de Olimpia.

- Frontones, Oriental y Occidental del templo de Zeus
- Metopas del templo de Zeus.

Museo de Delfos.

- Apolo arcáico.
- Trozo del friso del templo.
- Esfinge arcáica.
- Grupo de las tres cariátides.
- Estátua de atleta.
- Busto de Antinoo.
- Estátua de auriga (bronce).

Tal es, en suma, cuanto he podido ver y estudiar; tales los datos é informes que he podido reunir como resultado de la breve excursión que he realizado por Grecia y Turquía. Grandísima sería mi satisfacción si estos incompletos apuntes logaran estimular á algunos aficionados para ir á buscar, en la fuente misma de la Arqueología clásica, enseñanzas que reportarían notoriobeneficio al progreso intelectual de nuestro país, y mayor aún sería la satisfacción de todos, si algún día pudiera asociarse el nombre de un español al de algunos de los memorables hallazgos que todavía reserva el porvenir en el suelo de la Grecia antigua.

José Ramón Mélida.

Madrid, Junio de 1898.



ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
I Motivo del viaje.....	1
II Ruinas y monumentos.....	11
III Museos.....	17
IV La Escuela francesa y la fiesta de su cincuentenario.....	50
V Resultados de mi comisión.	57

ERRATA IMPORTANTE.

Pág. 18, línea 30, dice «en el siglo III antes de J. C.»;
debe decir: por el siglo XV antes de J. C.

INDEX

I. Introduction 1
II. History of the 11
III. Description of the 17
IV. The 23
V. Results of the 27

TABLE OF CONTENTS

Page 1000
Page 1000
Page 1000



